

Casar a Diana



Francesca M.D.

Casar a Diana

Francesca M. D.

Lady Diana tiene un ultimátum por parte de su padre, si no se casa en un año, él elegirá a cualquiera para que se convierta en su esposo. Pero ella tiene un plan: volverse independiente por sí misma evitando así casarse por presión. Sus planes se vienen abajo cuando conoce a Mathew Andrews, un interesante caballero que enciende algo dentro de ella, algo que estaba apagado desde que Daniel Bradley salió de su vida, años atrás y sin explicaciones.

Cuando sus planes de ser una solterona independiente están en auge, no solo Mathew tambaleará todo, si no que la repentina aparición de Daniel pondrá su corazón en una encrucijada.

¿Se quedará soltera o con el amor? Y si es amor, ¿quién de los dos caballeros logrará ese premio?

Capítulo 1

—Lord Andrews se ha mudado a la ciudad.

Comentó la abuela a mi madre una tarde durante el té.

—Pobrecillo, perder a su esposa después de tantos años, ¿ahora a qué dedicará sus tardes de soledad?

Mi madre, una bella mujer de cabello negro y ojos marrones muy oscuros, estaba genuinamente apenada por su situación, pensando en qué sería de ella si llegaba a perder a mi padre, pues no imaginaba la vida sin su compañía a pesar de que su matrimonio, al principio, no fue más que un trato de conveniencia entre las dos familias. Después del matrimonio habían aprendido a amarse genuina y felizmente y de esa felicidad resultamos mi hermano mayor, Adrian, heredero tanto del título como de la fortuna, mi hermana pequeña Ana y yo.

La abuela bufó e hizo una mueca con la boca.

—Lo que todos los hombres viudos en sus cincuenta, querida: buscar compañía.

— ¿Crees que por eso volvió?

—Ciertamente hay una buena selección de viudas y una que otra solterona para escoger.

— Seguramente será agradable un cotilleo fresco durante los encuentros sociales, ¿sabes si se unirán más personas a la sociedad?

Ana y yo sonreímos ante su pregunta, no era propio de ella ir al grano sin dar antes unas cuantas vueltas.

— *Cariño, la falta de delicadeza no es propia de una dama — me repetía mi madre todo el tiempo.*

— ¡Oh, querida, sí, por supuesto! ¿Es que no te lo había comentado? Todo el pueblo habla de eso, viene con sus dos hijos. Solteros — comentó la abuela bajando la voz.

Fue necesaria la ayuda de mi pañuelo para acallar la risa repentina que me invadió mientras que mi hermana Ana se emocionó tanto que podría jurar que sus pensamientos sobre bodas cobraban vida en el salón de té de la abuela. Me parecía que todo era tan acartonado en nuestra sociedad, en nuestras vidas en general, que a veces me preguntaba si algo estaba mal conmigo... quiero decir, la mitad de mis amigas estaban casadas y las otras tenían como única actividad en su vida conseguir esposo.

— ¿Escuchaste eso, Diana? — preguntó mamá con una gran sonrisa.

— Lo hice. En efecto, madre, parece que habrá dos parejas de baile más por las cuales Ana tendrá que pelear con uñas y dientes.

— ¡Diana! — Me regañó — Gracias a Dios solo estamos nosotras cuatro, si la gente te escuchara hablar de esa manera, perderías cualquier oportunidad con los jóvenes Andrews o con cualquiera.

—Madre... — comencé con cansancio.

— No vengas otra vez con esa locura de que escribirás para ganarte la vida, ya sabía yo que esa columna que te permitimos hacer traería problemas — regañó la abuela.

—Hemos sido muy permisivos contigo, Diana, pero ya es hora de que te cases, eres la hija de un Conde, mereces un hombre de tu categoría — rogó mi madre.

Sabía a lo que se referían, estaban preocupadas por mí, el mundo aún no avanzaba lo suficientemente rápido para que una mujer de mi clase pudiese valerse por sí misma, en especial si no era heredera. Pero no había manera de que me casara con algunos de los caballeros de la sociedad en la que vivía, los cuales, a mi forma de ver, estaban divididos en dos categorías: vanidosos cuyos sentimientos de amor solo estaban dirigidos a sí mismos y sosos sin personalidad que creían que no necesitaban ojear un libro a causa de su fortuna.

Lo he intentado, de hecho, en una ocasión tuve un pequeño enamoramiento —*si por pequeño llamas imaginar una vida con él* — con Daniel Bradley, un oficial del ejército que vino a la ciudad con todo su batallón, como es propio de los oficiales. Compartimos mucho con ellos en sociedad, un total de tres bailes, cuatro cenas y cinco meriendas, además de las veces en que me acompañó a caminar por el centro de la ciudad. Mi madre estaba encantada con él y sus superiores decían que tenía un gran futuro en la carrera militar, además de ser heredero de una fortuna que nos permitiría vivir cómodamente, sin depender de la ayuda de mi padre, pero todo se acabó sin llegar a un final feliz cuando fue enviado al norte del país sin previo aviso, solo dejándome una corta o nota de despedida y la promesa de más cartas— *nunca escribió*. De eso ya han pasado tres años y aunque he tenido tres pretendientes, desde entonces ninguno ha sido tan interesante a mis ojos o para mi corazón y los he rechazado, pues casarme sin amor o pasión nunca ha sido una opción para mí. Ha sido una situación muy estresante para la abuela y para mi madre... cansada para mí. Yo no quiero ser solo la esposa de un caballero importante, quiero ser una mujer que ama a su esposo y a lo que hace, que se siente plena y eso es lo que me hace sentir mi trabajo en la revista, aunque no ha sido nada fácil de entender para mi familia, quienes temen que me quede sola como la tía Virginia, quien estaba comprometida con un oficial que murió en batalla, nunca pudo recuperarse del golpe y jamás se casó, se quedó a vivir con nosotros el resto de su vida y yendo de visita a las casas de sus amistades cada cierto tiempo.

Me molestaba mucho cuando mi madre invitaba gente a la casa, sabía perfectamente que era con el único objetivo de “emparejarnos”, cual animales del arca de Noé, con algunos de los invitados. Una de esas noches estaba prevista una cena con los Andrews y los Greyson, entre los cuales estaban mi amiga Emma junto a su esposo y el hermano de éste, quien estaba de visita en la ciudad, supongo que con la misma misión que los Andrews buscar esposa. *¿Es que acaso no había algo más importante en la tierra que casarse y procrear para esta gente?* Pero sabía que no era así como funcionaba la sociedad, de hecho, los mejores tratos entre familias, entre naciones, eran con matrimonios y eso era todo lo que estaba en juego para muchos de ellos. La guerra había vuelto a muchas familias débiles, dejándoles con muy poco más que su apellido para sostenerse, los tiempos estaban cambiando, aunque lamentablemente para mí, no tanto ni tan rápido.... De ser así, no tendría que participar en estas fanfarrias, podría simplemente tomar el dinero que papá destinó para mi futuro casamiento más todos los sueldos que había devengado de mi columna, que er tres días a la semana en la revista y compraría un piso en el centro de la ciudad, viviría cómodamente sin tener que casarme con un hombre que me hiciera morir a temprana edad de tanto aburrimiento.

Todo estaba a pedir de boca, los cinco grandes candelabros y el camino de flores y follaje a lo largo de la mesa en combinación con la cristalería y la vajilla, era un espectáculo a la vista, solo comparable con los deliciosos manjares preparados por Maggie, nuestra cocinera y sus ayudantes. La planeación de mamá fue tal, que nuestros vestidos para la noche estuvieron listos desde la mañana y nosotras no tuvimos nada qué ver, mi madre eligió nuestros vestidos de acuerdo con las formas y colores que nos sentaran mejor, fue así como Ana usó un vestido rosa claro con algo de encaje, muy dulce y delicado, como era Ana, con su cabellera rubia y ojos café, su nariz y sus labios eran pequeños y su cutis terso como la porcelana. A medida que crecía, se ponía más hermosa y ese color la hacía verse casi como las imágenes de Elena de Troya que veíamos en los libros. Mi madre había elegido para mí un vestido azul zafiro y aunque me molestaba mucho darle la razón, esta vez la tenía, el vestido resaltaba mis formas y mis ojos y la forma en que contrastaba con mi piel blanca y mi cabello azabache me hacía ver hermosa. Nuestra doncella me ayudó a peinarme el cabello en lo que básicamente eran bucles amarrados en una hermosa peineta dorada con algunos brillantes azules, convine comportarme según lo que se esperaba de mí, no había que ser adivino para saber que había muchas esperanzas puestas en esa noche, en que me enamorara o, al menos, no repudiara instantáneamente a todos los hombres en el comedor.

La cena fue una revelación, más que nada por el hecho de que nada me resultó molesto o forzado con los Andrews, tanto padre como hijos tenían muchos conocimientos sobre mitología, arte y libros y, aunque el cuñado Emma no pudo asistir, sinceramente no se le echó en falta, al menos por mi parte. Estaba sentada en el centro, cerca de Lord Andrews y su hijo Mathew, quien era muy divertido, me hizo ahogar una carcajada en mi servilleta unas dos veces gracias a sus ocurrencias. Pero fue su padre quien me sorprendió enormemente, yo esperaba a un hombre mayor de gran barriga con costumbres cerradas y boca muy abierta, de esos que hacen dormir hasta a las ovejas. En cambio, conocí a un hombre de hombros anchos y aspecto muy saludable, casi comparable al de sus hijos, con algunos hilos de plata en su cabellera que, en vez de hacerle ver mayor, le daban cierto toque interesante. Su rostro, al igual que el de sus hijos, era cincelado, tenía la barbilla cuadrada, los labios finos y las cejas definidas, casi perfectas, que enmarcaban sus ojos marrones dándole un aspecto rudo pero cuidado. Mientras que Mathew y su hermano Henry tenían un aspecto más elegante pero masculino, casi podrían ser comparados con el busto de un dios griego. Henry, por un lado, era quien más se parecía a su padre. Tenía las cejas y los labios parecidos a los de su progenitor, pero su cabello, en vez de negro, era rojizo y sus ojos eran verdes. Mathew, por otro lado, era rubio, de ojos marrones, pero con pestañas largas y la forma de las cejas diferentes a las de su padre. Su nariz era fina al igual que su labio superior, aunque el inferior era un poco más grueso, dándoles un aspecto sensual, su nariz era fina también, pero del tamaño adecuado como para que su rostro se viera masculino.

—Cuando los chicos eran pequeños, solíamos viajar de manera más aventurera. Irlanda y Grecia eran nuestros favoritos, su madre y yo estábamos obsesionados con la mitología y las leyendas de esos países — dijo Lord Andrews.

— ¿La mitología griega? — pregunté realmente interesada, no había nadie, además de Ana y yo a quien le interesaran algunas de esas historias por allí.

— Claro y también su historia. Es tan rica y fascinante... — respondió Mathew.

— A mí también me parece la mezcla perfecta entre la fuerza bruta y el romanticismo — comenté.

— Es una excelente manera de verlo, aunque aún me parece un error que Elena se escapara con Paris — respondió Mathew.

— Lo sé, cientos de vidas pagaron por un capricho — respondí.

— Aunque a veces lo que nos apasiona le gana a cualquier noción de lo correcto — comentó Mathew mirándome a los ojos de una manera tan profunda que pude sentir cómo reconoció en ellos mi alma queriendo librarse de la sofocante etiqueta y siguiendo sus sueños sin pensar en lo que mi familia esperaba de mí.

—Lo bueno es que no somos Paris y Elena de Troya— dije bebiendo un poco de agua para que se me bajara el rubor.

Cambié de tema y me enfrasqué en una charla sin sentido pero agradable con Mathew sobre las pocas veces en que a uno se le permite colocar los pies descalzos en la hierba mientras se corre persiguiendo el atardecer, riéndonos de lo indecoroso que pensaría la abuela que es, sobre todo si uno se pierde la cena.

Más tarde esa noche, cuando estuve lista para dormir, me pregunté si era posible para una persona ver el alma a través de los ojos y me descubrí deseando que, de ser así, a él le gustara lo que logró ver en ellos.

Los siguientes días transcurrieron en paz con mamá, se sentía tan feliz por mi actitud en la cena y lo bien que me llevé con Mathew, tan feliz que no discutió conmigo cuando desaparecía por largas horas en mi escritorio para escribir mi columna. Emma y su esposo, Sir Greyson, ofrecieron una cena para su cuñado, quien había llegado hace pocos días después de que se perdiera la nuestra por el retraso que sufrió en su viaje.

—Cuando lo veas, te quedarás sorprendida — me dijo Emma unas tardes antes, durante uno de nuestros encuentros para el té, emocionada, pues estaba decidida a encontrarme esposo este año. *Definitivamente le quedaba bien el nombre... Casamentera tenía que ser...* Emma tenía el cabello color caramelo, al sol daba unos hermosos destellos de rubios y rojos, era delgada y de estatura media, con los ojos color ámbar.

—Ya sabes que lo que menos me importa es la apariencia — le dije.

— La inteligencia no da hijos bonitos, Diana — dijo riendo.

— Ni la belleza hijos prudentes — contrapunteé.

—Cuándo no tú con tus respuestas filosóficas a deshoras, el punto es que te sorprenderás — respondió Emma con la sonrisa de quien guarda entre sus labios un gran secreto que se muere por revelar.

Y lo hice, de hecho, la noche de la cena. Mamá volvió a poner demasiado esfuerzo en coordinar con la doncella mi atuendo y mi cabello, el cual estaba recogido en un moño. Llevaba un vestido rojo con una transparencia y pedrería en negro que hacía contraste con mi piel perennemente blanca y mi cabello negro. Debo admitir que mi madre era muy buena en eso de hacerme lucir como toda una dama, aunque yo quería volarme el corsé y tomar para la cena pastel y un vaso de leche. A penas entramos a la casa, saludé a los chicos Andrews y al voltear la mirada, me paralicé. Frente a mí se encontraba un chico alto y fuerte, con la piel algo bronceada, su cabello de rizos dorados estaba muy corto, su rostro era ovalado, nariz respingona, tenía los labios carnosos y los ojos color ámbar... *parecía un adonis, pero era Daniel... y era tal como lo recordaba.*

—Lady Diana, gusto en volver a verla — dijo sosteniendo mi mano con los ojos fijos en los míos.

Yo solo asentí con la cabeza sin apartar mis ojos de los suyos incapaz de decir algo por la sorpresa, me sentía entre emocionada y molesta pues, aunque me alegraba volver a verle, pero no podía perdonarle por mis emociones rotas sin al menos una explicación.

Nos sentaron, como era de esperarse, uno junto al otro y para mis adentros maldije a Emma y aunque ella lo sabía, solo se limitó a sonreír y susurrarme.

—Te dije que sería una gran sorpresa.

— Explícame ahora...

—Ya habrá tiempo, querida amiga.

Y así como así, me dejó sola a merced de Daniel para hablar con su ama de llaves, quien supongo le avisaba que todo estaba listo en el comedor, al que todos entramos enseguida. Mi madre estaba deleitada por ver a Daniel, pues nunca perdió la esperanza de que algo más sucediera, lo que dicen... madre, *cuidado con lo que deseas*.

Una vez en la mesa, la tensión entre nosotros dos podía cortarse solo con la pequeña hacha que utilizaba Maggie para cortar la carne en época de caza.

Él carraspeó y fue así como supe que estaba buscando la manera de decirme algo, me preparé para lo peor porque nada podría ser más malo que mis pensamientos, aunque no dejó mala reputación en la ciudad, su viaje de imprevisto dio lugar a muchos cotilleos, el más notable fue que seguramente se había metido con la mujer de algunos de sus superiores y no se dio a conocer el escándalo para salvaguardar la honra y el buen nombre de esta, con la única condición de que se marchara, otra de las teorías más notables era que su familia le había comprometido en matrimonio con una muy rica señorita del norte.

—Seguro te preguntarás muchas cosas — dijo en voz baja.

El sonido de su voz cerca de mi oído me hizo estremecer, provocando en mí las mismas sensaciones que hacía tres años, era increíble cómo, aunque mi mente tuviera la guardia alta, mi cuerpo y mi corazón respondían a él como si fueran presos alguna clase de hechizo.

—Me parece que usted, Señor, se da demasiada importancia.

—Comprendo que esté sentida conmigo, Lady Diana, pero es de vital importancia para mí darle a conocer el porqué de mi falta de comunicación y partida inesperada.

—Su ausencia fue la más clara de las respuestas a cualquier pregunta que yo pudiera tener en ese entonces.

—Se lo diré de todas formas, solo que no ahora, no frente a estas personas.

—Si no va a ser así, por qué sacar a colación el tema entonces.

—Porque volví, mi querida Diana y por mi vida que pienso hacerte mía — dijo en un susurro casi inaudible que me hizo soltar un gemido involuntario bastante audible.

—Perdón, — me disculpé — está delicioso este postre, Lady Emma, ¿me daría la receta para pedirle a Maggie...

— Nuestra cocinera — corrigió mamá.

—Sí— asentí en señal de disculpa — ¿...que lo prepare?

—Qué bueno que le guste, Lady Diana, es el favorito de Daniel, lo preparamos en su honor — dijo Lord Gerard, el esposo de Emma.

Yo volteé a verlo sonrojada y asentí antes de decir...

—Pues... es una excelente elección.

—Claro que te la daré, querida — dijo Emma sonriendo, ella sabía que ese gemido no era a causa de un simple postre.

—Gracias — dije intentando probar un nuevo bocado sin volverme una llama ardiente, lo cual se me estaba haciendo casi imposible pues era resultado de la profunda y descarada mirada que Daniel lanzaba a mi cuello, donde tres años antes descansaron sus manos durante aquel beso que sucedió dos días antes de su partida.

La cena continuó como si nada y luego, cuando estábamos en el salón, me senté a conversar con Emma, quien me explicó que Daniel y su esposo eran hermanos solo por parte de madre, quien una vez viuda del padre de Gerard se casó con el padre de Daniel y dio a luz tiempo después, ella no supo de esta conexión entre ellos sino hasta poco después de casada, en un viaje que hizo a casa de sus suegros en el norte, donde Daniel le preguntó por mí y le rogó mantener el secreto hasta su pronto regreso.

—Comprenderás que para mí fue una situación muy angustiada, eres mi mejor amiga y suelo contártelo todo desde siempre, pero lo hice en favor de tu felicidad, espero que no te molestes.

—Jamás te culparía de nada, querida amiga, sin embargo, no guardo ninguna esperanza con respecto a ese tema y espero que no piense renovar su pretensión, solo daría paso a más comentarios en cuanto al tema — *mentí descaradamente en la cara de mi amiga.*

—Sé que has sido educada, de manera exquisita, pues tanto tu madre como la mía poseen gran distinción en sus modales, pero a mí no me engañas, creo que estás en gran peligro de enamorarte de nuevo de él... si es que en algún momento dejaste de amarle.

—No discutiremos los temas de mi corazón en un salón lleno de gente, mejor cuéntame, ¿me conseguiste la receta?

La verdad es que, aunque había sido educada, para ser una dama, me gustaban las labores sencillas, siendo la cocina y la biblioteca mis lugares favoritos de la casa. Era bastante obvio el porqué escribía una columna para una revista y sabía preparar varias recetas (sobre todo postres), cosa que me parecía una hazaña dado que ni Ana ni mamá sabían hervir agua para el té. A pesar de que la guerra, todos seguían reticentes al cambio, aferrándose a sus viejas normas y formas de vida. Yo, por mi parte, en algunos momentos, sentía que me faltaba el aire por la forma en que todo estaba volviendo a su lugar, quitándome toda esperanza de una vida diferente, esperanza de por fin encontrar un propósito para mí más que el de hacer una que otra actividad para la comunidad y encontrar un marido igual o más rico que mi padre. Durante la guerra formamos con Maggie y algunas de las cocineras de la casa un comedor comunitario para los necesitados (heridos y viudas de guerra más que todo), comenzó como algo de dos veces por semana y terminó siendo una institución que servía tres comidas diarias los siete días de la semana y duró hasta hacía poco, cuando, con la ayuda de papá, conseguimos mover los hilos para conseguirle empleo a algunos de los visitantes del comedor.

Para cuando los hombres se unieron a nosotras en el salón, yo había decidido dentro de mí matar a Daniel con mi amabilidad, demostrando así que lo había superado por completo.

No lo he superado en absoluto, pero tuve la fortuna de que antes de que se acercara a mí, Mathew Andrews lo había hecho.

—Nos volvemos a encontrar — dijo con una sonrisa.

—Así lo parece — sonreí de verdad, aunque Mathew era un hombre muy guapo e interesante, me ponía algo nerviosa la forma en que me hablaba.

— ¿Cómo ha estado? — preguntó.

— Tan bien como la rutina me permite estar — me atreví a decir con un suspiro.

—Entiendo que debe ser difícil para usted pasar de tener tanta actividad a no tener nada en absoluto que hacer durante días, aunque parece que la revista la mantiene ocupada.

Yo lo miré con sorpresa.

— ¿Cómo sabe usted eso?

—Digamos que soy un gran fan, además, lo que habría dado por los cuidados de una señorita como usted después de la guerra.

Yo sonreí con algo de rubor pues me cogió con la guardia baja.

—Es usted muy amable por decir eso, aunque no fue nada más que servir sopa aquí y allá.

— Su modestia solo provoca más admiración, pero en el ministerio de guerra informaron sobre el comedor instituido en su gran casa y debo decirle que, cuando mis superiores volvieron de hacerles una visita, solo dijeron cosas buenas sobre su labor.

—Todos en casa ayudamos, pero me halaga mucho saber que fue reconocido el granito de arena que quisimos dar.

—Oh sí que lo fue y cuando comenzó a dar su opinión en la revista supe que era usted una mujer de gran belleza.

—Pero si en la columna no sale mi foto — dije sorprendida.

—No es necesaria una linda cara para ser hermoso es del alma la belleza eterna.

Ese simple comentario removió todo dentro de mí, miré por primera vez a sus ojos, desde aquella noche en que lo conocí, él también me miró de vuelta y en un momento de atrevimiento, tomó mi mano, haciéndome retener el aire mientras todo en mí temblaba. El sentimiento fue tan fuerte que me mareé por un segundo y lo solté, sosteniéndome de la pared sin poder apartar aun la mirada, sé que todo sucedió en menos de un minuto, pero algo hizo clic y juro que pude reconocer en esos ojos marrones con destellos verdes, mi alma.

—Espero no interrumpir — comentó Daniel, acercándose y sacándome de mi estado de adormecimiento, haciéndome soltar el aire que no sabía que retenía, lo cual provocó en mí un profundo rubor.

Mathew soltó el aire también.

— En absoluto, — dijo — solo hablábamos del servicio de guerra.

— ¿Sirvió usted? — preguntó Daniel.

— Así fue, aunque un gran general me tomó bajo su ala y acabé como reclutador del ministerio de guerra, ¿y usted?

—Así fue, al principio de la guerra estuve desplegado aquí un tiempo, antes de partir al norte.

— ¿Así que ya se conocían? — preguntó Mathew.

Daniel y yo nos miramos y el recuerdo de nuestro beso pasó por mi mente como un relámpago, por la forma tentadora en que me miró, supe que pensaba en lo mismo, yo tragué con fuerza y respondí.

—Compartimos en varias ocasiones, es un excelente jugador.

— ¿De verdad? — dijo con sorpresa Mathew.

—No soy la mitad de bueno de lo que la gente cree, pero la confianza en las mesas de juego es siempre persuasiva — respondió Daniel.

Yo ladeé la cabeza.

– También ayuda a su reputación que yo soy terriblemente mala en el juego.

– Pero magnífica en el baile – contrapunteó Daniel.

– Qué bueno que ya viene la temporada, ¿me concedería usted uno en el próximo? – preguntó Mathew,

– Sería un placer, aunque no soy tan buena como me pinta el Señor Bradley, creo que lo pisé en dos ocasiones – sonreí.

– Bien merecidas. ¿recuerda? – dijo riendo y yo reí en respuesta recordando.

– Disculpen, creo que mi madre me llama – interrumpí y me alejé de ellos pues sentía que en cualquier momento estallarían mis nervios.

Al despedirme de ambos, me sentí como dos personas diferentes: con Daniel como la vieja, inocente e indomable Diana que creía que todo era posible si de veras lo querías, me hacía sentir apasionada como nunca he logrado sentirme con nadie, nunca más, mientras que Mathew me hacía sentir una mujer con capacidad para todo lo que me propusiera, me hacía sentir como si mi verdadera belleza no estuviera en la manera en que me arreglaba, si no en la más pura forma, en ser yo misma y la manera en que mi cuerpo reaccionó a su tacto... oh, mi Dios, ni en mis mejores sueños me había sentido de esa manera.

Capítulo 2

Después de prepararme para ir a la cama, mi hermana Ana entró en mi cuarto, Ana era preciosa, tenía el cabello de un rubio casi blanco, igual al de papá, pero con los ojos gris verdosos, su piel era como de porcelana, tenía el cuello largo, las mejillas sonrojadas y las pestañas más largas y tupidas que había visto.

—Bueno, eso fue entretenido — dijo sonriendo, yo sabía que quería charlar sobre Henry, quien no había parado de conversar con ella durante toda la cena.

—Podría decirse— solté un suspiro y me giré a mirarla.

— ¿Cómo te sentó el regreso de Daniel?

Suspiré y rodé los ojos.

—Le das más importancia a este tema de la que tiene.

—Ambas sabemos que te hizo recordar.

—Lo único que sabemos es que mucha agua ha corrido bajo ese puente.

— ¿Y eso que quiere decir?

—Que, si yo cambié, él también lo hizo y no hay nada más entre nosotros que un recuerdo.

—Vi cómo se miraron, Diana, eso no ha cambiado.

—Eres demasiado imaginativa para tu propio bien, mejor cuéntame qué tanto conversaron tú y Henry.

—De la temporada, me pidió el primer baile del primer baile.

—Vaya, qué importante.

—Sí, eso pensé — dijo con rubor, ilusionada.

Yo reí y la eché de mi cuarto antes de que quisiera quedarse charlando toda la noche.

Pasaron los días y, aunque quería solo concentrarme en la columna, mi mente iba y venía en las fuertes sensaciones que había experimentado en la última semana. Me parecía increíble cómo pasé de no tener interés alguno en ningún hombre, y de hecho espantarlos, a que mis pensamientos saltaran entre uno y otro con tanta facilidad. Por un lado, pensaba en Daniel, en ese primer y único beso, en las risas que compartimos, las conversaciones y lo afines que éramos, en ese tiempo, en los sentimientos que tenía por él y en el temblor que recorrió mi cuerpo al verlo de nuevo. Después de tanto tiempo, cuando lo miré, contuve el aire, nunca creí volver a verlo. Si no hubiese sido por los suspiros que a veces lanzaba mi madre lamentando que lo nuestro no llegara a buen término, habría comenzado a creer que todo lo imaginé, pero después pensaba en ese beso y tenía la seguridad de que fue real. Todo pasó una tarde, dos días antes de que se marchara, paseábamos por el jardín a solas, nos sentamos en un banco que se encontraba bajo un gran árbol, conversando de todo y de nada, como solíamos hacer...

—Es increíble cómo todo cambia, — dije— las hojas pasan de verdes a naranja, el calor al frío... — y lo miré esperando que continuara.

—Es cierto, personas que nunca creíste que importarían, se convierten en tu más grande anhelo — dijo mirando a mi rostro y mis labios con ansias.

Intenté decir algo, pero el rubor no me dejó, en el momento en que abrí mi boca, él se atrevió. Sus manos estaban en mi cuello y sus labios contra los míos, al principio me sorprendí, pero luego posé mis manos en su mejilla y continúe el beso unos segundos más. Cuando paramos, solté un jadeo involuntario y él sonrió, aun con su mano en mi mejilla y chocó su frente contra la mía. Recuerdo que fui a la casa ilusionada, pensando que él hablaría con mi padre y pronto nos casaríamos, pero como todo lo demás con Daniel... me equivoqué.

Por otro lado, pensaba en Mathew y en su manera de mirarme, en la manera en que hablaba con tanta profundidad y cómo un solo roce era capaz de electrificarme hasta marearme, me asustaba mucho lo que pudiera pasar al estar cerca de él, me sentía hechizada y todas las líneas que día a día me esforzaba por trazar junto a él, parecían borrarse. Todo el lugar, con su simple mirada profunda, parecía desdibujarse de mi vista y lo único estático era él, no era algo que me gustara en absoluto, pero, aunque me asustaba, no podía alejarle, no tenía la fuerza para eso pues todo mi cuerpo reaccionaba como hechizado en torno a él.

Decidí no preocuparme por cosas sin sentido, yo tenía un plan y pensaba llevarlo a cabo. Parte de la fortuna de mi madre estaba dividida en partes iguales para sus tres hijos y si jugaba bien mis cartas, podría acceder a ella sin tener que casarme con algún señor solo por conveniencia y haría lo que deseaba, vivir en la ciudad sin demasiados sirvientes y tendría algo más por lo cual levantarme en las mañanas que dirigir una casa. Siempre había admirado a las personas que tenían algo que hacer en verdad y no me refería a las obras benéficas y actividades de la comunidad, me refería a devengar un sueldo, por lo que uno hace y cumplir con un horario o fecha de entrega o algo parecido. Nunca tuve nada de eso en mi vida, no sabía siquiera por qué lo quería, fui educada para cualquier cosa menos para eso, lo fui para ser una mujer que se hacía cargo de sí misma en un mundo de hombres, fui educada para ser una dama y según lo que la abuela y mis institutrices siempre comentaban mis pensamientos solo eran imaginaciones divertidas de una niña inmadura que quiere cambiar las reglas a conveniencia, reglas más viejas que la abuela misma.

Sentía que nadie comprendía mis deseos excepto Maggie, era por eso por lo que cada que podía paseaba por la cocina.

—Es usted una dama, Lady Diana, no puede actuar de otra manera, ¿es que acaso no es feliz con la columna que posee?

—Lo soy, Maggie, si solo fuera eso, sería más que feliz, pero el que tenga que casarme con un cualquiera que mis padres me propongan, lo arruina todo.

—Sé que no debería decir esto, pero hay chicos muy guapos allá afuera, todos dicen que los jóvenes Andrews lo son.

Yo me sonrojé, ella me lanzó una mirada extraña.

—Yo que usted, no me preocupara, ¿quién sabe? Tal vez termina enamorándose de alguien — dijo encogiéndose de hombros.

—Dios te oiga, Maggie.

—Tampoco es que hay tanto apuro, ¿o sí?

—De hecho, sí lo hay, mi padre ha amenazado con no permitirme la columna y conseguirme cualquier marido si no me comprometo con alguien este año.

— ¡Vaya! — dijo con un suspiro.

— Lo sé — suspiré y bebí un poco de mi té.

Días después comenzó la temporada y nos mantuvimos ocupados entre bailes, cenas y demás, casi a diario. Lord Greyson y Emma dieron un baile en su casa y casi toda la ciudad estaba allí, era majestuosa la manera en que todo se encontraba decorado, muchas rosas blancas y rosadas, candelabros y tonos pastel por doquier. Ana llevaba un vestido rosa muy claro, casi blanco y guantes del mismo color. Su cabello recogido exquisitamente en muchos bucles y un tocado de flores precioso, estaba muy emocionada, amaba toda la pompa de la temporada social, yo, por mi parte, usaba un vestido azul cielo con brillantes y guantes del mismo tono. Toda la situación te inspiraba la mayor de las alegrías era lo que necesitábamos todos, aunque había dolor por los seres queridos que perdimos en la guerra, todos querían celebrar su fin y la victoria de la misma. Como decían algunos, la mejor manera de demostrarle al enemigo que no te afecta, es manteniendo el orgullo y la estima.

—Se siente tan bien estar al fin en un baile — dijo Emma sonriendo.

—Creí que había perdido la emoción para ti. Ahora que estás casada, toda esa caza de pareja debía ser adrenalina pura.

Ella rio fuerte y finalmente dijo.

— Siempre has actuado por encima de eso, pero nunca te ha faltado pareja.

—No es una actuación, hace años que no me interesa nada de eso.

—Una vez que estés casada, tendrás que morderte la lengua.

—Oh no, ¿tú también volverás el objetivo de tu vida casarme?

— ¡Sí, desde ahora mi misión será *Casar a Diana!* — dijo riendo.

Yo solo negué con la cabeza y rodé los ojos, riendo, algunas personas se nos unieron y conversamos un rato hasta que Daniel se acercó y me pidió bailar. Yo acepté, más que nada por educación, sinceramente no quería estar cerca de él, los recuerdos de nuestro pasado me alteraban y su mirada me hacía sentir como una niña de nuevo.

—Estás muy hermosa esta noche — dijo sonriendo.

—Gracias — mascullé.

—Ahora debes decir que yo también.

Lo miré sorprendida.

— ¿Qué?

—Dígame que me veo hermoso, Lady Diana.

—El tiempo sí que ha pasado por ti—bufé.

Él se rio.

—Tú no has cambiado nada.

—Yo tengo mis reservas en cuanto a eso, pero comprendo por qué quieres creerlo de esa manera.

—Es solo una broma, Diana, la guerra nos ha cambiado a todos, solo que a ti te ha vuelto una mejor persona y a mí...— pensó un momento y terminó con un dejo de tristeza — no me prestes atención, me vuelvo filósofo cerca de ti.

—Entiendo lo que dices, yo también me he vuelto algo filosofa en esta sociedad, son tan pocos los que dicen lo que verdaderamente piensan que he logrado hacer eso algún tipo de carrera.

—Lo sé y estoy muy orgulloso, tengo todas tus columnas.

— ¿Todas?

—Así es — respondió con una sonrisa.

Al principio me emocioné por lo que dijo, pues con solo una frase consiguió demostrar que pensó en mi durante todo este tiempo, pero luego un sentimiento de furia me invadió. Fui yo quien terminó con las ilusiones rotas sin siquiera una explicación del porqué, al menos una carta merecía, pero ni siquiera eso obtuve. Al final del baile solo me quedó la tristeza, pues aparte de escribirme, él no había hecho otra promesa, lo que demostraba que sus sentimientos no eran iguales a los míos. Para cuando terminó la canción, aplaudimos a la banda y le pedí que me disculpara para ir al tocador, donde me permití un rato para estar triste por aquella ilusión mía.

Decidí continuar el baile entre risas y cotilleos con mis amigas, bailé unas dos o tres con algunos caballeros y me atreví a tomar más copas de las que usualmente me permitía, caminando con Emma por el salón nos encontramos de frente con el señor Andrews.

—Señoritas, — saludó — me preguntaba si... ¿Lady Diana, me permitiría un baile? — dijo ofreciendo su mano para que la tomara.

Yo exhalé por primera vez desde que me crucé con sus ojos, preparando mi disculpa, pero, en cambio, mi cuerpo, como protestando contra mi negativa, aceptó su mano y nos dirigimos a la pista de baile, bailamos dos veces seguidas y en la primera yo me encontraba como hechizada, no podía dejar de mirarle y aunque respiraba con dificultad, me sentía con energía para bailar toda la noche. Sentía cómo mi madre, la abuela, Ana y Emma se reunían a hablar, mirándonos, pero por alguna razón no podía girar, pues sus ojos continuaban fijos en los míos, en algún momento la música paró y sonreímos, lo que me permitió soltar el aire que no sabía que estaba conteniendo, de inmediato la música comenzó y él volvió a tomar ligeramente mi cintura para bailar de nuevo.

—Disculpe — me dijo en voz baja.

Su voz me sorprendió, pues habíamos pasado largo rato callados.

— ¿Por qué? — pregunté.

—Me parece que la he incomodado.

—No entiendo de qué manera.

—La estuve mirando tanto rato y ahora esta tan callada...

Yo sonreí.

— ¿Está usted incómodo?

—En absoluto.

—Pues me parece que estamos en iguales circunstancias.

Él sonrió y ladeó un poco la cabeza antes de responder.

—Lo dudo.

—No le comprendo.

Él se aclaró la garganta y con algo de pena. me miró a los ojos.

—Porque no he experimentado mayor bienestar que entre sus brazos.

Yo solté un jadeo y pude sentir cómo la corriente que sentía en los lugares donde él me tocaba, se extendía a lo largo de todo mi cuerpo, pero antes de poder responderle algo, la música terminó y era hora de aplaudir a la banda.

Él volvió a mirarme antes de retirarnos de la pista y me sonrió, arrugando su nariz como en una mueca antes de unirnos a Ana su padre y su hermano.

—Lady Diana, qué bueno volver a verla.

—Igual a usted, Lord Andrews, Señor Andrews — ellos asintieron.

—Dime, Henry — sonrió mirando a Ana como si tuvieran alguna clase de secreto.

—Está bien, Henry. ¿Qué tal la han pasado?

—Ha sido maravilloso, nunca he bailado mejor que el día de hoy y creo que eso se debe a mi compañía.

Ana se sonrojó y los demás sonreímos.

—El baile de los padres de Emma siempre ha sido el mejor, no podía esperarse menos cuando ella hiciera uno.

—Los Greyson, son personas maravillosas y tan hospitalarias.

—Así es, han sido muy hospitalarios conmigo, tanto que me han insistido que hasta que me decida por mi propia casa, soy más que bienvenido — dijo Daniel introduciéndose en nuestro grupo.

— ¿Piensa establecerse en la ciudad? — preguntó abiertamente Ana mientras que yo no me atrevía, ni siquiera, a mirarle.

—Es mi plan, ahora que me he heredado la propiedad y el título de mi padre, puedo encaminarme a nuevos logros, como por ejemplo hacerme de un lugar en la ciudad y, con suerte, volverme merecedor de la mano de una joven dama — recitó Daniel, eso último me dio un vuelco en el corazón.

—Lo tiene usted todo resuelto — contestó Mathew.

—Ojalá... la vida es más complicada que un plan y justo ahora sé que no soy merecedor de lo que aspiro — repuso.

—Se juzga usted con bastante dureza — espeté un poco más alto de lo que quise.

— ¿Usted no lo haría? — dijo mirándome de frente.

—No conozco los motivos que le mueven para dar tal veredicto— propuse.

—No tengo suficiente escoses encima para revelar tales secretos — dijo riendo y todos reímos en respuesta, todos menos Mathew.

Una mañana en que terminaba de escribir mi columna para la revista en la biblioteca. recibí la visita de Daniel. una vez que Robert, nuestro mayordomo, nos dejó, procedimos a hablar ambos a la vez.

— ¿Cómo ha estado?

— He pensado que podríamos dar un paseo.

Los dos reímos y le hice un gesto con la mano para que hablara.

—Hace un día hermoso y he pensado que podríamos dar un paseo para conversar un rato.

—Me encantaría, solo déjame terminar esto y vamos — él asintió acercándose al escritorio.

— ¿Es una de tus columnas? — preguntó.

—Así es — dije cerrando el sobre y lanzándole una sonrisa apretada.

Él sonrió de vuelta y dijo.

—No sé por qué, pero siempre imaginé que las escribías en el banco que hay en tu jardín, a la sombra de aquel gran árbol.

—Eso sería poco práctico, mucha tinta en las manos y completamente encorvada — dije sonriendo y haciendo una mueca, tratando de desviar el tema. Sabía adónde quería llevarlo.

El rio de vuelta.

— Sí, supongo que es una idea demasiado romántica — observó.

—Sí, eso es cierto, me he vuelto demasiado práctica.

Salimos y le entregué el sobre a Robert, luego subí y fui a por mi sombrero, con una molestia en el pecho, no era suficiente con el recuerdo, además tenía que traerlo a colación, quería decirle que ya era tarde para que pasara algo más entre nosotros, que

el tiempo había pasado y yo no era la misma, pero de alguna forma sería mentirle, ni siquiera yo sabía qué pasaba con mi corazón.

Salimos y hacia un día precioso, lleno sol, con el cielo despejado, incluso la temperatura era perfecta, estaba fresco, pero no demasiado, caminamos largo rato hasta que por fin pronunció palabra:

—Me alegro de ver que el tiempo ha sido agradable contigo.

—Lo mismo digo— respondí a secas, la naturalidad y la confianza ya no existía entre nosotros y saltaba a la vista por nuestro lenguaje corporal.

— Quería hablarte pues siento que las cosas han estado algo incompletas entre nosotros desde que me fui.

—Esa es una manera de decirlo — mascullé.

Él sonrió y dijo.

— *Tan directa como flecha en la diana.*

Yo sonreí también pues después de este tiempo me recordó nuestra pequeña broma privada

— Algunas cosas no cambiaron —dije al final, tras pensármelo bien.

— ¿Oraste por mí? — preguntó.

— ¿Disculpa? — su pregunta, llena de ansias, me hizo ruborizarme porque desde el momento en que papá anunció que se había unido al equipo especial de tiradores, no hubo una noche durante la guerra que no lo tuviera en mis oraciones y no porque fuera la persona más espiritual de la tierra, si no que me movía un impulso más fuerte que yo y lloraba pidiendo a Dios por todos mis amigos en batalla, pero más porque en cualquier lugar, donde él estuviera, Dios se acordara de mi plegaria y le pudiera guardar.

— Cuando estaba en batalla.

— ¿Cómo esperas que responda a esa pregunta?

— Como siempre me has respondido algo: con la más pura sinceridad.

Sus ojos estaban llenos de expectativas y por un momento sentí que lloraría de tanto mirarle, mientras me hacía confesar, bajé la mirada, pues la fuerza de la suya me haría quebrarme, quería tocar su mejilla con delicadeza y decirle que sí, que cada día y cada noche lo tuve en mi mente y corazón, que lo veía en cada soldado desvalido del comedor y que solo pude continuar de pie pensando que alguna vez le volvería a ver, pero en cambio solo dije.

— Sabes que soy más práctica que espiritual. más cuando la realidad de lo que pasaba se hacía más fuerte, elevé una plegaria por todos los que conocía en batalla.

Sus ojos decayeron al igual que el corazón dentro de mi pecho, como regañándome por mi orgullo y soberbia.

— ¿Cómo fue? — pregunté mirándolo a los ojos, se miró las manos, esas manos que estuvieron en mi cuello hacía tanto tiempo y que ahora me hacían sentir triste por lo perdido.

— Fue...— pensó un rato y luego dijo — un despertar, hasta ese día creía que era diferente o especial de alguna manera, pero allí todos éramos soldados, todos arriesgábamos un único bien, el que de verdad importa.

—La vida — concluí.

—Exactamente, Diana. Verás, antes de eso creí que tomar cualquier decisión era apurar el tiempo y por eso todo lo aplacé, ahora que la guerra ha terminado y sé que muchos no tuvieron el tiempo que querían con sus familiares, con sus prometidas y esposas, decidí intentar recuperar lo que dejé pasar.

— ¿Qué quieres decir? — dije sonrojada, no sabía cómo sentirme por lo que estaba por decir, por una parte, deseé tanto una confesión así... por otra, ya no era la misma chica que lo quiso, él no era el único al que el tiempo y la guerra lograron cambiar.

—Sé que aún no soy merecedor de tu amor y hay cosas que te explicaré a su debido tiempo, pero me gustaría una oportunidad.

— Oportunidad — dije en voz baja reflexionando.

— Sí, una oportunidad de recuperarnos.

— Sé lo que esperas y, aunque quisiera, mi corazón no es capaz de intentar hacerte daño, pero con todo lo que el tiempo nos ha cambiado, dudo que haya algo que recuperar.

—Tú eres a quien yo quiero, no importa qué versión me muestres de ti.

— Tu noción del amor me parece tan superficial — dije molesta, es que no veía que eso no era una máscara, esa era yo, había madurado, me había vuelto mujer y sabía lo que quería y, hasta hacía unos días, entre mis pensamientos no se encontraba él.

— ¿Por qué? Tú dudas de la profundidad del amor y la estabilidad que él puede tener, incluso durante los cambios de la marea.

— No, no lo hago, Daniel, mis padres son un testimonio de eso, pero sobre ti, en cambio, es otro mi parecer.

—Solo pido una oportunidad de cambiar la forma en que me ves — dijo y su voz tenía un día deje de tristeza.

Nos sentamos en el banco, *ese banco* y los recuerdos junto con todos los sentimientos me revolieron, me faltaba el aire y no podía ni hablar, me sentía mal, como desesperada, el mundo daba vueltas a mi alrededor, no sabía qué me pasaba, el zumbido de unas abejas sonaba en mi interior y habría dado la vida por beber un poco de agua, aunque no sé si hubiera sido capaz de tragar, me sentía fría y por un momento el mundo se me nubló y cuando él tomó mi mano, todo se apagó.

Desperté en mi habitación, rodeada por mi familia y el doctor, me sentía algo débil pero mi practicidad me hacía preguntarme cual era el alboroto.

— Hola — dije con una débil sonrisa a todos.

— Hola, dulzura — dijo mi madre, enternecida.

— ¿Qué pasa? — dije nerviosa pues su tono me asustó.

– Al parecer tiene un buen resfriado o algo más, veremos cómo evoluciona – dijo el doctor.

– Comprendo – asentí con la boca seca pero el cuerpo empapado en sudor.

El doctor salió, no sin antes dar un par de miradas a mis padres, la manera en que eligió las palabras me hizo sospechar que él creía que esto era algo mas mucho más que solo un resfriado.

Me encontraba con Daniel en el jardín, era de noche y las estrellas, junto con la luna, estaban en todo su esplendor, la temperatura era cálida y aunque nunca salía al jardín, estábamos allí, en aquel banco, estábamos conversando y riendo como aquella vez, pero esta vez se sentía todo más significativo, había una vibra en el ambiente que invitaba a más. Él tomó mi cara entre sus manos y me besó, comenzó tímido e inofensivo, pero a medida que nos besábamos, se volvía más pasional, colocó sus manos en la parte trasera de mi cuello, enredando sus dedos con mi cabello, su cara cambió y no era el mismo hombre. Mientras nuestras bocas se exploraban una a otra, yo coloqué una mano detrás de su cuello, apretándolo más hacia mí y en un momento de atrevimiento, lo mordí. Eso encendió algo en él y comenzó a masajear mi costado y mi pecho, haciendo a mi piel entera hervir, deseosa de la suya, solté un pequeño gemido de placer y él arremetió contra mi cuello, besando hasta la base de mi pecho y subiendo mi falda arriba de mis muslos. Yo jadeaba de placer y él posó mi mano en su entrepierna, lo que me impulsó a masajearle más y más, él toco mi entrepierna e introdujo un dedo en mí, haciéndome soltar un grito, ahogada, lo quería para mí y desesperadamente bajé el cierre de su pantalón solo para poder sentirle. Él movía su dedo desesperadamente dentro de mí, lo que me hizo arquear las caderas, por impulso, para recibirle, mientras le masajeaba de arriba a abajo sin parar y dentro de mí una explosión se desató, él gruñó y siguiéndome llegó, volvió a besarme...

– Wow... Diana

– Oh Mathew. Oh mi Dios.

Capítulo 3.

Desperté en mi habitación completamente empapada en sudor sin saber lo que pasaba o si fue real lo que pasó.

— Ya lo peor ha pasado — dijo el doctor, quien se encontraba a mi lado.

Yo no comprendía nada, solo me sentía débil pero extasiada, si hubiese entrado Daniel o Mathew a verme en ese momento. podría justificar mi rubor, pero no sabía cómo sería capaz de alguna vez actuar frente a cualquiera de los dos sin volverme del color de un tomate. ¿Cómo era capaz mi mente de recrear tal escena si no conocía nada de eso? Pero más preocupante... ¿Como podía soñar o imaginar tal cosa con dos personas a la vez? Intenté levantarme de la cama y todos me lo prohibieron de inmediato, según el médico, había estado con fiebre dos días y desvariando, diciendo cosas inteligibles. *Gracias a Dios*, era una guerrera, pocos de sus pacientes habían sobrevivido al brote de gripe que se había suscitado en la ciudad, ahora necesitaba descansar y recargar fuerzas. Me ordenó una semana de descanso y mi madre, tan solícita, ya había enviado a organizar que subieran papel y tinta, revistas, libros y demás para mi entretenimiento. Durante esos días de encierro me mantuvieron a dieta estricta, en la cual, si hubiera llevado el conteo, estoy segura de que sería más comida de la que había probado en toda mi vida.

En uno de mis días de reposo resolví al menos descansar en el salón pequeño pues no soportaba estar encerrada, pasé toda mi mañana allí y Emma, que había estado muy pendiente de mi condición, llegó a visitarme.

— Cómo me alegro de que estés tan mejorada — me dijo con una dulce sonrisa, mi amiga de buenas y malas se veía bastante aliviada.

— Yo también, Ana me ha dicho que desvariaba muchísimo.

—Estábamos bastante preocupados, Diana, yo vine a visitarte al segundo día que caíste con fiebre y la verdad, lo poco que se me permitió estar contigo, fue escalofriante, creí que te perdería.

— Bueno, no nos agobemos por lo que pudo pasar, alegrémonos de que todo está bien.

– Aunque no para todos, Lord Andrews está muy mal.

– No puede ser.

– Sí, lleva en cama tres días, dicen que, si no le baja la fiebre para mañana, podríamos perderlo.

– ¿Cómo sabes eso?

– El doctor vino a mi casa pues el pobre Gerald estaba muy preocupado por un mareo que tuve y me lo comentó.

– Qué mal y ¿de qué fue tu mareo? Espero que nada preocupante.

– Espero que no, estoy embarazada, Diana.

– ¡Qué emoción! ¿Puedo abrazarte?

– ¡Pues claro, tonta, si vine a eso precisamente!

– Estoy tan feliz por ustedes, querida amiga.

– Lo malo es que tendré a mi madre y a mi suegra metidas en la casa, las quiero, Diana, pero por cómo discutían en la planeación de la boda, no es agradable verlas juntas.

Reímos juntas recordando todo el conjunto de encontronazos y comentarios que se lanzaron la una a la otra planeando la boda de Emma y Gerald, quienes solo querían disfrutar de su amor sin pelea alguna, verlos me hacía tener fe, se conocieron en un baile una vez que él vino a la ciudad con su batallón y desde ese momento fueron inseparables.

– Ya sé que estuvo Daniel por acá – dijo con suavidad, tanteando el tema.

– Me parece que de eso ha pasado tanto – dije con un suspiro, añoraba salir a caminar. hacer cualquier cosa más que estar recostada, si no fuera por mis columnas, me volvería loca.

– ¿Me contarás de qué hablaron?

– De todo y nada, la verdad, nada especial – dije como si nada, tratando de no pensar en el sueño caliente que me pondría colorada.

–No me engañas, Diana, tuvo que ser algo importante si te desmayaste.

– Lo hice porque tenía fiebre, no por lo que hablamos.

– Sí, claro, cuando estés lista me contarás – dijo molesta.

–Bien, te contaré, pero no me juzgues.

– Nunca.

– En resumen, dice que quiere reconquistarme, que cuando se fue creía que tenía todo el tiempo del mundo para comprometerse y la guerra le enseñó que no es así.

– Qué emoción, Diana, me alegro mucho por ti, aunque lo niegues, sé que pensabas en él.

– Esa es la cuestión, Emma, que ahora no me importa negarlo o no, pues no es lo único en mi pensamiento.

Emma abrió bien la boca en una gran O.

–No – dijo tapándose la boca.

– Sí– respondí en voz baja.

– Ya lo sabía yo, desde aquella cena... entre ustedes hay una chispa, un no sé que salta a la vista.

Yo solo reí y me sonrojé.

– Oh por Dios, si hasta te sonrojas tú.

— Lo sé.

— Te gusta Mathew.

— Solo he dicho que he pensado en él.

— Y cómo no, después de esa noche en el baile, hasta a mí me dio calor. ¿Que harás?

— ¿De que? El señor Andrews no me ha aclarado sus intenciones.

— Oh sí que sabes cuales son, no te hagas la tonta.

Yo reí fuerte y fuimos interrumpidas por Robert. —*nuestro mayordomo me recordaría mamá.*

— ¿Sí, Robert? — pregunté.

— Disculpe que la moleste, Lady Diana, Lady Emma, el señor Andrews está aquí.

— Hablando del diablo — susurró Emma.

— Hágale pasar, Robert, gracias y dígame a Maggie que nos prepare té y bocadillos.

—Sí, milady— dijo haciendo pasar a Mathew y despidiéndose.

— Me alegro de verle tan bien, Lady Diana, vine hace unos días a visitar a su familia en compañía de mi hermano y nos preocupamos mucho por su salud.

—Mejor, gracias —sonreí— ¿Y su padre?

—Ya ha pasado lo peor, gracias a Dios — respondió Mathew.

—Me alegro, les invitaría a dar un paseo por el jardín, pero sigo en reposo nos quedara compartir el té acá.

La sola mención del jardín fue suficiente para ruborizarme frente a él.

— ¿Ya es la hora del té? — preguntó Emma levantándose precipitadamente — Qué pena, querida, señor Andrews, yo debo irme, quedé con mi madre para tomar el té y he de apurarme, odia la tardanza.

— Pero...— dije confundida.

— Parece que solo serán ustedes dos, espero me disculpen— respondió Emma.

—Por mí no hay problema — dijo él con una sonrisa.

Conversamos de todo, de su trabajo en el ministerio de guerra y el mío en comedor, de sus sueños de volver más grande la biblioteca y los rebaños para que la casa se mantenga a sí misma, sin apoyarse en las herencias de sus dueños, de su amor por la astrología y el mío por la pastelería, de los perros labradores y lo dulces que pueden llegar a ser y una vez que quemábamos un tema, seguíamos con el siguiente como si nada, todo llevaba a otra cosa, no hubo incomodidad en ningún momento, le recomendé unos libros y él me recomendó otros con la promesa de compararlos y hablar de ellos — *siempre era buena una sutil invitación para hablar de nuevo* —, se acabaron los bollos y el té y ni siquiera nos dimos cuenta, nos pasaron las horas como nada, tanto que mi madre nos interrumpió pues se hizo la hora de cambiarme para la cena, le invité a cenar con nosotros e insistí hasta que él se dejó convencer con bastante facilidad, excusándose para ir a su casa a cambiarse rápidamente, yo asentí con un destello de emoción y sonrojo.

A pesar de estar decaída por mi reciente malestar, me esforcé por mi peinado y vestimenta, me coloqué un vestido dorado completamente recto y guantes blancos y un peinado con ondas enroscadas Sara, mi doncella y la de Ana, nos ayudó muchísimo pues también Henry estaba invitado y ella estaba más que emocionada con él.

— Mi sueño siempre ha sido que nos casemos con mejores amigos como las Benet, que sean hermanos, es aún mejor— dijo Ana ilusionada.

— Dios bendiga esa cabecita tuya que te hace ser capaz de comparar nuestras vidas con las de las célebres Elizabeth y Jane Benet.

— Todo es posible, Diana, *todo es posible* — canturreó examinando su reflejo en el espejo.

Yo solo negué con la cabeza mientras me ponía mis guantes para bajar, dado que ya había sonado el timbre que anunciaba que debíamos bajar a la cena, no podía negar que albergaba algo de emoción por mi encuentro con Mathew, era increíble cómo en poco tiempo había tenido que tragarme mis palabras, pero, al fin y al cabo, no era que no quisiera casarme, solo no quería hacerlo sin amor y no podría enamorarme de cualquiera, la cosa era: ¿Por cuál de los dos estaba interesada? ¿A quién entregaría al fin mi corazón, sin reservas? ¿Podrá más la corriente de emociones que hacían estragos en mí cuando veía a Mathew o el amor pasado que amenazaba con reconquistar mi corazón y mi confianza?

No podría saberlo aún y decidí no forzar mis decisiones, en este caso solo me dejaría llevar, por una vez, por el instinto y que fuera el corazón quien se encargara del asunto, total, era el único en mi vida al que le competía y Dios sabía que no le había dado muchas oportunidades de alzar su voz.

El señor Andrews estaba en la entrada del comedor junto a su hermano cuando bajé las escaleras, me dio una larga mirada que podría jurar que erizó toda la piel de mi cuerpo, al llegar abajo, tomó mi mano.

– Lady Diana – dijo saludando con una sonrisa.

– Mathew – dije en una voz tan baja que solo él escuchó.

– La cena está servida – anunciaron y todos entramos.

Toda la velada conversamos como siempre entre risas acerca de todo y nada, respondiendo fugazmente a las preguntas de otros que nos sacaban de nuestra burbuja y recordaban que existían y de hecho se encontraban allí, en la mesa con nosotros, incluso cuando nos separamos de los caballeros, no sabía qué hacer o de qué hablar con Ana quien no era solo mi hermana, era mi confidente y amiga más querida.

– Los vi muy contentos a los dos.

– Siempre se está cuando hay buena conversación – dije tratando de evitar el tema pues no era el momento ni el lugar, en ese momento me di cuenta de que me había vuelto una buena aprendiz de mi madre o tal vez valoraba más mi privacidad de lo que creía.

—Bien, pero en la noche me cuentas — dijo sonriendo—

La verdad es que yo no sabía qué contar, ni siquiera entendía lo que había dentro de mi mente y corazón como para contársela a alguien, la situación se asemejaba mucho a lo que pasó con Daniel y eso me asustaba muchísimo.

Como cada mes, asistí a una reunión en la revista para la que tenía la suerte de trabajar, no habiendo tocado nada del sueldo que me habían pagado en todo el año, tenía un buen capital del cual valerme cuando llevara a cabo mi plan de establecerme por mí misma en caso de que papá me obligara a casarme con un cualquiera con título, sin embargo, últimamente no estaba en guardia, con lo poco que conocía de Daniel y Mathew, sabía que sería perfectamente feliz con cualquiera de ellos, la pregunta que rondaba mi mente era: ¿Con cuál de ellos?.

Todo estuvo genial con mi jefa, quien era una mujer fuerte, le había hecho frente al trabajo que heredó de su padre, una vez que tuvo que despedir a su editor, quien no aguantaba que su jefa fuera una mujer, *los tiempos están cambiando, pero no tanto y no tan rápido...* podía escuchar en mi mente la voz de mamá. Yo, por mi parte, quería hacerme un lugar en el mundo por mí misma sin necesidad de un hombre, si conocía el amor, no lo rechazaría, pero no deseaba casarme solo por no ser una solterona.

—Deberíamos hablar del cambio que causó la guerra en todos nosotros.

—Entiendo — dijo Andrea.

— Sí, pero cuando hablo del cambio, no hablo de los edificios bombardeados o las personas que tuvimos que enterrar.

— ¿Entonces?

—Hablo del cambio en muchos. de alegre a taciturno, el amor por la vida. la nueva valentía que adquirieron. la valentía de amar la vida y la nueva independencia de las mujeres, mujeres que se conformaban con manejar sus casas. ahora manejan hospitales.

—Y comedores — dijo mirándome Lady Andrea.

—Y revistas — dije correspondiendo su mirada con una sonrisa.

—Me gusta llevemos las columnas de esta semana por ese lado y nos telefoneamos para coordinar.

—Excelente.

—Ahora vamos a almorzar, me muero de hambre.

—Y yo — dije sonriendo.

Lady Andrea y yo nos conocíamos desde hacía muchos años, antes de la revista e incluso la guerra y siempre fuimos agradables, pero debido a su timidez no habíamos sabido ser amigas, era una rubia clara, de ojos verdes, tan segura que a veces podía ser intimidante. Dos años después de heredar, conoció a un hombre lo suficientemente valiente para tener una esposa que trabajaba y aunque no tenían hijos aún, eran una de las pocas parejas felices que conocía.

Durante el almuerzo convenimos reunirnos más de una vez al mes, simplemente se estaba haciendo insuficiente y no solo era mi jefa, era mi amiga y ahora que no tenía mucho que hacer, ver a mis amistades era un buen uso de mi tiempo, quiero decir, tenía muy pocas como para no cultivarlas. Después de despedirme de Andrea, me dirigí al taller de la modista con mi madre y Ana para encargarnos nuevos vestidos, pero ella nos sorprendió enseñándonos nuevos modelos bellísimos y a la última moda de París, mi madre se volvió loca y los quiso todos, pero gracias a Dios no éramos las únicas en la sala y otras también los querían, después de persuadir a nuestra modista de toda la vida, nos quedamos con los más bellos o al menos los que más nos gustaron y fuimos a casa, felices de nuestra decisión.

En el camino sentí un malestar entre Ana y el chófer y decidí dejarlo así por el momento, al menos hasta estar solas nosotras dos y poder preguntar con confianza, gracias a Dios éramos de esas hermanas que se llevan bien y no de las que se halan del cabello cuando sus padres no las veían. Fuera lo que fuera que pasara entre Ana y el chófer, no sería posible continuarlo, no porque fuéramos unos barbaros que humillábamos al personal, sino porque Ana siempre había soñado con manejar una casa grande y muchos hijos y el chófer no lo podría costear y papá no lo aceptaría ni en su lecho de muerte.

Después de la cena, toqué la puerta de su habitación.

— ¡Pasa! — canturreó.

—Hola.

—Me encanta cuando eres tú quien toca tus chismes, son más jugosos que los míos — dijo desde su silla frente a la peinadora, humectándose la piel.

Yo reí y ella saltó a la cama.

—Cuéntame. ¿Qué pasa?

—Eso vengo a preguntarte.

— ¿Qué quieres decir?

—Quizás es mi imaginación, pero noté una molesta entre tú y Simón — dije sin más.

— ¿Simón? — dijo ella pensando en darle una cara al nombre.

—El chófer — dije rodando los ojos.

—Ah...— pensó un momento sus palabras y continué — Sí, hubo un problema con él, pero te aseguro que no es lo que te imaginas-

— ¿Cómo sabes lo que imagino? — pregunté.

—Porque te conozco muy bien — dijo dándome esa mirada de sabelotodo suya-

— Bien, entonces cuéntame.

—Eres una chismosa, me encanta.

—Pues nada, ¿recuerdas que Henry me pidió ir a un concierto?

—Claro, hablaste de eso *toda la semana*.

—Ja, ja tonta. El punto es que papá insistió en que fuéramos en nuestro auto para poder vigilarnos.

—Típico de papá— rodé los ojos.

—Entonces, cuando volvimos del concierto, Simón se atrevió a decirle a Henry que, si osaba a faltarme al respeto, se las vería con él y que el señor, o sea, nuestro padre, no tomaría medidas contra él.

— ¿Crees que papá se lo habrá pedido?

Ana asintió.

— ¿Qué otra explicación hay?

—No sé si esta explicación me deja más tranquila, quiero decir, Simón ha estado aquí desde los doce y que ahora amenace a Henry por protegerte asegurando que no habrá represalias contra él... — dije imaginándome lo peor.

—Lo sé, hasta yo que no soy tan imaginativa como ti, creo que aquí hay gato encerrado — asintió Ana.

—Deberíamos preguntarle a papá o a Simón — propuse.

—Simón no nos dirá nada — dijo Ana haciendo una mueca de negación.

— ¿Y crees que papá sí? — pregunté sabiendo la respuesta.

—Buen punto, pero en cambio la abuela nos podría contar — propuso Ana.

—Listo, eso es lo que haremos— asentí y ella asintió en respuesta.

—Ahora lárgate que tengo sueño — me echó.

—Tonta, no te quiero en mi cama mañana — respondí lanzándole la almohada.

—Gracias a Dios nadie está para corregir nuestra conducta ahora — comentó Ana.

—Lo sé ¿No te cansas?

—A veces no me doy cuenta, no hasta que me divierto de verdad y escucho la voz de la institutriz diciendo que está mal.

—*Hay que ser una dama* — recité.

—Para eso nos educaron, para eso nacimos y tenemos suerte, ¿o quieres ser la chica que enciende las chimeneas? — preguntó Ana.

—Quiero que todos seamos lo que queremos ser.

—Esa es una noción romántica de la vida.

Me encogí de hombros y sonreí.

— Ya me conoces.

Ella me abrazó, conociendo el deseo de mi corazón y lo que me dolía verlo imposible a veces, las mujeres como nosotras teníamos pocas oportunidades de hacer algo más que para lo que fueron criadas e incluso el mayor impedimento éramos nosotras, pero me gustaba pensar que Ana y yo no éramos solo unas damitas, éramos más como las mujercitas, ellas eran más mucho más.

Me fui a la cama con ese pensamiento en mente y decidí seguir trabajando como las hormigas, callada y arduamente por lo que quería, ahorrando casi todo el dinero que papá me daba y usando lo menos posible aún me quedaban muchos vestidos, abrigos y conjuntos sin usar y la gente no lo notaría en un buen tiempo, suficiente para reunir el dinero que me permitiría acceder al 30% de la revista y a un cómodo y moderno en la ciudad, huyendo de la sentencia de papá, aunque no me cerraba a la idea de que tal vez podría casarme por amor y no con cualquiera que eligiera mi padre.

Lamentablemente Lord Andrews murió y asistimos a su sepelio con dolor pues, aunque tenía poco tiempo de haber vuelto, se había hecho querer con facilidad y muy rápidamente, era difícil ver a los chicos con tanto dolor y sobre todo a Mathew que, aunque estaba preparado, no esperaba volverse conde tan joven, el manejar tantas propiedades iba a ser una carga muy pesada, sobre todo si le sumamos el dolor de la muerte de su padre tras de la repentina pérdida de su madre.

—La vida es un suspiro, Lady Diana — me dijo arrugando la cara.

—Cuente conmigo siempre que me necesite — dije tomando su mano.

— ¿De verdad? — preguntó y en ese momento solo pude asentir, viéndolo tan adolorido.

—Por ahora solo necesito que camine conmigo, ¿quiere usted? — dijo ofreciéndome el brazo, yo lo tomé y caminamos largo rato sin hablar, tanto que comenzaron a dolerme los pies y me dio sed, pero continuamos en silencio, era lo que él necesitaba, después de un rato habló.

—Era un gran hombre — dijo al fin — Divertido, aventurero, pero un gran consejero, amaba bailar y siempre decía que cuando bailó con mi madre, supo que debía pedirle matrimonio, pues en todos sus viajes nunca había conocido una mujer más perfecta para él — sonrió mirando el horizonte, seguramente recordándolos en una fiesta.

—Así me lo pareció siempre, contaba grandes historias — dije mirando el sol ponerse.

—Antes de que enfermara me dio ese consejo.

— ¿Cuál? — pregunté extrañada, pues no entendía.

—El de casarme con la mujer que me quitara el aire al mirarla y me lo devolviera al bailar.

Yo me sonrojé recordando la vez que bailamos y comprendiendo perfectamente lo que pasaría, di un largo suspiro y comencé.

—No creo...

—No voy a proponerme ahora, Lady Diana, pues no tengo la fuerza de hacer frente al dolor de perder a mi padre y el adquirir más de la responsabilidad que esperaba, más su aversión al matrimonio pues cree que le quita la libertad de elección a la mujer o eso leí una vez.

Yo sonreí y bajé la cabeza, apenada.

— No pienso eso exactamente, creo que, si las parejas se aman, el matrimonio está bien, pero hoy en día aún siguen arreglando algunos matrimonios y eso no me parece.

Él sonrió.

— Entonces me queda enamorarla para que me acepte, pues desde que bailé con usted, supe que usted era la mujer perfecta para mí.

Yo jugaba con mis dedos sin saber qué decir.

— hora estaré muy ocupado con abogados y más, pero sé lo que quiero y la quiero a usted, tenga por seguro que no desapareceré.

Él se acercó mucho a mi cara, tanto que casi podía respirar su aire y devolverle el mío, sabía que estaba triste y que las personas, cuando estamos dolidas, hacemos cosas de las cuales nos arrepentimos, pero de algún modo, desde que lo conocí, él supo cómo derribar mis muros. Entrelazó sus manos con las mías y así nos quedamos por lo que sentí fue una eternidad, comenzaba a ponerse oscuro y él chocó su frente contra la mía, el roce de su piel me hacía temblar, me sentía como mareada pero esta vez no era el vino, era él, eran sus manos, su frente, su respiración, su olor y ese mechón rebelde de cabello que rozaba mi rostro. Mirábamos nuestros labios tanto como un sediento mira un vaso de agua, todos mis vellos estaban erizados y mi pecho levantado por la anticipación, por alguna razón no me besaba y yo moría porque lo hiciera. Tomé la iniciativa, me acerqué más, mirando a sus ojos, él no hizo ningún movimiento por lo que creí que no quería que lo besara y era de entender, su padre había muerto, pero al intentar alejarme, soltó una de mis manos y tomó mi cabeza, capturando a la vez mis labios en un beso. Yo abrí la boca, dándole paso a su lengua, estábamos a solas en el bosque y la situación daba para más, solo pensar en eso me dio calor, pero él, como todo un caballero, me soltó y nunca se atrevió a tocar más.

—Siento que no es justo para usted que nuestro primer beso haya sucedido así, déjeme acompañarla de regreso — dijo respirando con dificultad.

Yo no supe qué decir, aún estaba ebria de sensaciones y de respirar me había olvidado desde que me soltó las manos, me costaba tragar saliva y mucho más caminar. Él causaba tales sensaciones en mí que yo me sentía como una sorda muda, todo lo que existía era él, no la reprimenda de mamá por llegar tarde a la cena, no el que dirán, no me importaba nada más que él, daba gracias a Dios por la oscuridad pues así no podría ver el rubor que se había extendido por toda mi piel, señal inequívoca de que hervía mi sangre entera por él.

—No debe disculparse, comprendo completamente su situación — dije tratando de sonar tranquila pues podía escuchar el golpeteo de mi corazón.

—No lo entiende, Lady Diana. yo quisiera casarme con usted mañana y dejarme guiar por las sensaciones que su solo roce me ha provocado, pero soy consciente de que quiere amar a su esposo al momento de casarse y el hecho de que no lo haya negado. me demuestra lo mucho que en poco tiempo he logrado conocerla. Es por eso por lo que no pido su mano, quiero que me ame como yo la amo desde ese día en el baile.

Su confesión me dejó sin habla, incluso paralizó mis pasos. Él aprovechó el momento y me besó de nuevo, esta vez con más pasión y yo le recibí de la misma manera, colocó su mano en mi cintura y la otra en mi mejilla, removiendo de la tierra el césped donde pisábamos y haciéndolo bailar rápidamente. Yo me abracé a su cuello para no caerme, era tanto su roce, tanto su olor, tanto el aire que tomaba de él que cuando me soltó, sentí que no supe lo que era respirar hasta que lo hice con él.

—No digo que correspondo de tal manera sus sentimientos, Mathew, no le soy indiferente, debo admitir que antes de conocerle había trazado un plan para librarme de un matrimonio sin amor, pero jamás consideré qué pasaría si, de hecho, yo me enamorara.

Él sonrió de emoción y tomé mis dos manos.

— ¿Quiere decir, mi querida Diana, que si, de hecho, yo me atreviera hoy a pedirle matrimonio, me aceptaría? — su sonrisa era tan grande que por un momento creo que olvido que su padre había muerto y eso me asustó, tal vez se apresuraba porque quería apaciguar el dolor de su pérdida.

Yo sonreí, pero no fue hasta llegar a la luz del banco, bajo el árbol, que le respondí.

—Quiere decir que lo pensaré, creo que cuando hayas superado tu luto podremos hablar de felicidad y de propuestas del todo apropiadas.

— ¿Quieres decir de rodillas? — dijo arrodillándose, yo no podía creer lo que veía, no sabía si le amaba propiamente, pero sí sabía que desde que me besó, mis labios habían hormigueado tanto que había tenido que mordérmelos en dos ocasiones para calmarlos, tragó fuertemente y luego tomó mi mano.

—Diana... ¿Me darías el honor y la dicha de ser mi esposa?

Yo sonreí y le hice levantar, diciéndole que lo pensaría y le daría mi respuesta al terminar su luto por su padre, pues no quería faltarle al respeto de ninguna forma. Él, por su parte, dijo que era la mejor respuesta que podía darle pues tendría la oportunidad de enamorarme tanto que no tuviera ninguna duda, así como él no la tenía y me dio un tercer beso tan dulce, tan suave, que sentí derretirme, se despidió de mí en la puerta de la casa, besando mi mano.

Subí las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja en los labios, me bañé rápidamente y me vestí con tal rapidez que habría ganado un concurso, cuando Sarah peinaba mi cabello, mi madre entró en mi habitación.

—Estaba preocupada por ti.

—Lo imaginé, disculpa, madre — dije tratando de lucir arrepentida, pero no lo estaba no en absoluto.

— ¿Cómo se encuentra el señor Andrews, quiero decir, Lord Andrews a partir de ahora? — se corrigió mi madre. recalcando su nueva posición y queriendo investigar qué tanto hicimos.

—Está dolido, pero bien, toma todo esto con tranquilidad, imagino que lo de su madre le enseñó.

—Claro, su madre y su padre han muerto en tan corto tiempo que esto debe ser muy duro.

—Sí, debe serlo.

— ¿De que más hablaron?

— Me ha pedido matrimonio, madre — solté con un largo suspiro.

Mamá abrió los ojos como platos y sonrió enormemente, solo para preguntar.

— ¿Aceptaste? — preguntó emocionada.

—Le dije que lo pensaría hasta el final de su luto, no quisiera faltarle el respeto a nadie.

— ¿Y él que dijo?

—Lo aceptó dice que así podrá enamorarme y hacerme sentir segura de mi decisión.

—Me alegro mucho, querida, se ve que es un buen chico.

—Sí — dije pensando en su frase de al principio "*La vida es un suspiro, Lady Diana,*" quizás no fue la guerra si no la noción palpable de la muerte lo que nos hizo cambiar a todos.

—Te esperamos abajo — dijo mamá saliendo contenta de la habitación.

—Felicitaciones, milady— me dijo Sara con una sonrisa emocionada.

Yo le tomé la mano y le sonreí de la misma manera.

—Gracias Sara.

— ¿Quiere que le diga a Maggie que le guarde un pedazo de pastel y un vaso de leche extra? Puedo traérselo después de la cena.

— ¿Podrías? — Dije sonriendo — Qué haría yo sin ti, pero no, yo bajo con, Ana dile a Maggie que guarde otro para ti y para ella.

—Seguro, milady — ella asintió y luego giró mi cabeza suavemente para mostrarme cómo había quedado mi cabello.

—Perfecto, Sarah, nos vemos en la post cena — dije en un susurro, muchas veces yo bajaba y compartía con el personal, eran mis amigos y aunque nos tratábamos con respeto debido a lo que los modales mandaban, el cariño era fuerte, algunos como Robert y Maggie que me habían visto crecer y otros como Sara y Simón que llevaban desde muy jóvenes en la casa y los quería como unos primos.

Después de la cena, Ana y yo esperamos a que todos se acostaran y bajamos a la cocina, Maggie nos había preparado leche y tomamos con pastel todas brindando por mí y mi futuro compromiso.

—Sé que aún no es oficial, pero me siento muy contenta, las veces que he hablado con él me ha demostrado que es poco común igual como tú — dijo Ana.

— ¿Tú que piensas, Maggie?

—Bueno, Lady Diana, casi no he tratado con él, solo en dos ocasiones tropezamos y se ve muy educado.

—Es cierto los lacayos así lo dicen siempre tiene una sonrisa amable y no es estirado, lo que es bueno porque a usted le gusta compartir con todos ricos o pobres — dijo Sarah.

—Ay, no solo a ella — dijo Ana regañando.

—Es cierto, señorita, disculpe — dijo Sarah.

—No hay nada que disculpar, — rio Ana —solo bromeaba.

—Es cierto, lo importante es que me deje ser quien soy en esencia y creo que eso pasará si somos afines en lo importante.

—Además tiene unos meses para pensarlo — respondió Maggie.

— ¿Y si se arrepiente? — me pregunté tocando mi labio y pensando en el beso.

—Que va, está loco por ti, todos lo saben, por eso Daniel no se separa de ustedes dos.

—Daniel — dije recordándolo, hasta ese momento lo había olvidado completamente.

—Dime una cosa, hermana, ¿qué harías si mañana Daniel te hace la misma propuesta que te hizo Mathew el día de hoy?

Su pregunta me agarró descuidada y tuve que admitir que no sabría qué hacer pues era muy diferente lo que sentía era dos personas diferentes, con cada uno, supongo, que al final dependería de quien quería ser. ¿Cómo sabes lo que quieres en cuanto a algo a lo que te cerraste por años? Por mucho tiempo, Daniel fue mi único pensamiento, nadie se comparaba en cuanto a él y justo cuando conozco a alguien nuevo, que hace que dé vueltas hasta marearme, él reaparece esperando quién sabe qué y aturdiéndome en el proceso, no sabía lo que quería porque no esperaba querer esto.

Capítulo 4

Mathew tuvo que irse de la ciudad unos días para arreglar todo lo de su herencia, de la cual su hermano Henry tendría una pequeña parte por deseo de él, durante su ausencia me envió dos cartas donde me reiteraba su propuesta y contaba cómo era todo en el pueblo del que su padre, ahora él, era dueño y que quedaba a dos horas en tren de la ciudad. Contaba también las ganas que tenía de verme y me pedía, si no era mucho atrevimiento, una foto mía, aunque como dijo el *“no la necesitaba para pensarme pues mi cara se había fijado a fuego en su corazón”*, en la otra hablaba de que el asunto estaba casi resuelto y aunque seguía de luto, reiteraba su propuesta y su compromiso de enamorarme para que estuviera tan segura como él de mi decisión, sabía que esas dos cartas tenían la única intención de asegurarse que no lo olvidara y seguir presente en mi vida aunque no estuviera por el momento físicamente, pero yo sabía, en mi corazón, que no podría hacerlo aunque lo intentara, había algo en él que me hacía sentir una mujer plena y que me hacía desear más de él cada que recibía algo, por pequeño que fuera.

Durante su ausencia fui a la revista con más frecuencia, como pedido de Andrea, mi columna se había vuelto más grande y de hecho abarcaría dos páginas completas en el centro de la misma. Tenía mucho trabajo y me lo tomaba en serio, aunque ya no en pro de seguir en contra de los deseos de papá de casarme pues había decidido en mi corazón que quería a Mathew y si me daba la oportunidad con él, sería muy feliz, si no porque aun quería cumplir mi sueño y pensaba hacerlo comparando algunas acciones de la revista y escribiendo con frecuencia y tal vez a Mathew no le incomodaría tener un piso moderno en la ciudad en lugar de una gran casa idéntica a la suya en su pueblo.

Un día accedí a cenar con Andrea y algunas otras amistades en el restaurante de moda, en vez de estar siempre en casa y Daniel estaba allí, no nos sentamos juntos y de hecho no hablamos casi en toda la noche. Lo preferí así pues su actitud a veces me hacía molestar, quería revivir a la niña confiada que era cuando nos besamos aquella vez, pero eso ya había pasado hacía tanto que había olvidado quién era en ese entonces, además del hecho de que él lograba un efecto extraño en mí desde siempre, haciéndome sentir confundida y aunque antes era lindo, ahora que elegí a Mathew, y se lo diría cuando regresara, era peligroso.

La cena fue magnífica, como lo era todo en ese lugar, desde los candelabros de cristas, la música en vivo, la mantelería fina en tono champaña y dorado, la alfombra roja, todos, tanto el personal como los comensales, vestidos impecablemente y la comida exquisita, era bueno de vez en cuando pedir lo que me provocara y no el menú que elegía mamá para ese día, me sentía vigorizada y por un rato no extrañé a Mathew, lo que pasaba cada vez con más frecuencia pues se estaba metiendo despacio

en mi corazón y aunque no lo gritaba a los cuatro vientos, sentía que mi alma, a gritos, le reclamaba.

A la hora de marcharnos, ofreció llevarme en su coche y acepté por no importunar a Andrea, quien estaba chispeante por el champán y por los toqueteos que había compartido con su esposo durante la noche.

—Gracias— dije subiendo a su coche.

—Hace una noche perfecta, ¿no lo crees?

—Así es, tanto que podría haber caminado pero los zapatos me están matando.

Él rio.

—Amo eso de ti, Diana — y tomó mi mano.

Yo me ruboricé por completo, aunque no sabía si fue por la frase o por su toque,

—No permitiría que caminaras cuando puedo llevarte.

—Es muy amable de tu parte — concluí.

— ¿Qué pasa? ¿Te incomoda lo que piensen estando nosotros solos?

Yo lo miré con una sonrisa y dije.

—No, me incomoda lo que pienses que tienes derecho a hacer o decir en cuanto a mí.

— ¿Hablas del beso y de nuestra última conversación larga, cierto? — dijo el lanzando un suspiro.

—Sí, hablo de eso.

Intentó tomar mi mano, pero yo le solté.

— Sé que me fui y no tengo derecho a nada más, te pido la oportunidad de hablar y arreglar las cosas. Diana, yo no te he olvidado, nadie, jamás, podría hacerlo, no a ti, te pido me permitas una oportunidad.

— ¿Oportunidad?

— Sí, una oportunidad de hacer que me ames.

Su respuesta fue como un balde de agua fría, justo cuando me abría al amor, llegan las dos únicas personas en la que había estado interesada a confundirme, yo no sabía qué decir ni sabía cómo comportarme, no sabía absolutamente nada. Estuvo en mi mente tanto tiempo que no sabía si le quería a él o solo a quienes éramos en aquel tiempo, me sentía tan confundida que no respondí, solo dejé que el silencio nos llevara hasta que él volvió a hablar.

— Sé que no soy el único en la lucha por tu corazón, no soy idiota, tú eres maravillosa, eres divertida, impetuosa y tan lista que cualquier tonto puede asustarse de tu inteligencia, eso me pasó a mí, fui un tonto, pero quién no lo es en el amor, mi querida Diana— dijo tomando mis manos. —Para cuando decidí volver a ti, la realidad de la guerra me había golpeado, ser parte del equipo de fusileros te enseña horrores que nadie merece presenciar y no me sentí digno de ti. Después de un tiempo, traté de expiar mis pecados, ser digno de la mujer que eres, espero que no haya sido demasiado tarde. Recuerdo esa vez que me dispararon, yo me había robado uno de tus pañuelos bordados con tu nombre y lo guardaba en mi pecho derecho todo el tiempo, pues una bala rozo nada más mi pecho rompiendo el pañuelo, pero dejando intacto tu nombre, cuando lo vi le di gracias a Dios por ti porque sabía que, aunque tu orgullo fuera del doble de tu tamaño, orabas por mí.

Cuando me dijo eso, una lágrima rodó por mi mejilla, fueron tantas las noches que oré por él, lo quería vivo y lo quería sano, así él no me tuviera presente en sus pensamientos. Después vino otra y otra hasta que se convirtió en un sollozo. Él me entregó su pañuelo para que me secara y sobó mi espalda un momento, su mano se sentía tan bien tan familiar en mi espalda...

— ¿Por qué me dices todo esto? — pregunté después de calmarme, llegando a casa.

— Porque quería saber si aún quedaba alguna oportunidad de luchar por tu amor y ahora sé que sí — dijo y besó mi mano para luego permitirme bajar.

Yo no podía quitarle los ojos de encima pues había vuelto añicos mi seguridad en cuanto a Mathew, en cuanto a todo, mis piernas temblaban y sentía miedo de él, de que, si quisiera besarme o tomarme en ese momento, en ese coche, sería demasiado débil para negarme. Entré en casa con un simple adiós y decidí que no haría nada ni tomaría ninguna decisión hasta estar segura de qué quería, subí corriendo por las escaleras hacia mi habitación, donde me permití llorar, con Sarah consolándome.

Esa noche no dormí, daban vueltas en mí demasiadas cosas, tantas que decidí escribirlas para alguna columna futura, de alguna manera las columnas se habían convertido en mi nuevo diario, como cuando era niña.

¿Se puede ser dos personas a la vez? ¿Se puede cambiar de actitud en cuanto a algo dependiendo de los involucrados? ¿Está esto bien o representa una falta de fortaleza en el carácter? Son preguntas que todos nos hacemos y que muchas veces no sabemos responder, es como cuando en casa somos amorosos y en los negocios nos toca ser leones o como cuando las señoras de sociedad se ven relajadas con sus amigas, pero en casa se sienten estresadas por alguna situación grave. Este es un mal que aqueja a todos y a todas, el cómo actuar frente a alguna situación o persona, sobre todo en temas del amor. ¿Es bueno demostrar demasiado? O ¿es mejor, en cambio, hacernos los interesantes? ¿Cómo tolerar la presión de luchar por esa persona en cuestión cuando hay alguien más luchando por su corazón? ¿Es justo que se luche, no debería ser tuyo como tú sabes que es de él o de ella? Si algo sabemos es que la vida no es justa, aunque eso le da un toque de entretenimiento y diversión a esto de estar vivos, a lo que nosotros como sociedad pusimos reglas y no es por criticar aquello que nos permite vivir organizadamente, pero en cuestiones del alma, estas entorpecen un poco la situación, muchas veces nos hacen confundir el deber con el querer y no sabemos cuál es cuál y por tanto tenemos que vivir con los errores que cometemos.

Me quedé dormida con el papel y el bolígrafo en la mano, a la mañana siguiente intenté continuar esos pensamientos, pero de tanto llorar me sentía drenada y me permití dejarlo así, al menos por el momento, aún tenía tiempo para terminarlo, así como aún tenía tiempo para decidir, aunque no de sobra. En el desayuno y el té de eso fue lo único que se habló, era la respuesta a las oraciones de todos quienes habían tomado con su labor anual el casar a Diana, reían felices y yo les sonreía, pero me sentía como una sonámbula sin saber qué hacía, tanto así que no pude terminar la columna y empecé una nueva, menos filosófica, acerca de los soldados post guerra y sus actuales empleos.

A pesar de todo mi malestar pasado, ya me encontraba muy bien de salud por lo que me permití salir en sociedad cada vez más. Una noche que fuimos a cenar a casa de Andrea y su esposo Sir Granthan. Emma, su esposo y sus padres, Daniel y mi familia estaban invitados también, fue una cena maravillosa en la que todos vestimos a la última moda, incluyendo a la abuela, quien amaba ser respetada, amada y admirada a

partes iguales. Yo usaba un vestido plateado con unos pequeños brillantes en el cabello que se encontraba recogido en ondas pegadas y aproveché la ocasión para hablar con Andrea sobre nuestros planes en la revista, ya que fue de ella la idea de que comprara el 30% y juntas la dirigiéramos-

—Sé que es un tema que nos apasiona, querida amiga, pero esto es una fiesta, disfrutémosla. ¿Por qué no miras a tu otro vecino en la mesa que te está viendo con ojos y *lengua* de cachorrito?

Yo reí y observé mi plato, rato después todos nos enfrascamos en una conversación absurda sobre las normas de sociedad más arcaicas del mundo que aun hoy existían, lo que me hizo reír y a Daniel también. Comencé a hablar con él por primera vez, desde su regreso, sin rabia. asumí que fue porque al fin me había explicado su partida repentina y la ausencia de sus cartas. El que me dijera que pensó en mí, alivió mi dolor por mis ilusiones y orgullo heridos, pero sabía que, si él amaba a aquella chica que era años atrás, se llevaría una gran decepción, yo no era eso más y no quería serlo, la verdad, era la mujer que quería ser y estaría muy segura *de todas mis decisiones si no fuera por él.*

Capítulo 5.

—He escuchado algo en casa — me susurró cuando nos encontrábamos todos en el salón,

—Daniel. ¿Te estas inmiscuyendo en cotilleos? Ahora sí que lo he visto todo — dije bromista.

Él rio, pero luego denotó un deje de triste.

—He escuchado que planeas aceptar la propuesta de Lord Andrews.

Yo que bebía un poco de vino, tragué con dificultad para luego toser, cuando logré respirar bien, le dije.

—Sí eso planeo.

— ¿Por qué?

— ¿Disculpa?

—Él no te merece, Diana, yo sé que yo tampoco, pero al menos yo planeo ganar tu corazón, no solo reclamarlo como si fuera mi derecho.

—No sabes nada sobre él.

—A ver, cuéntame.

—No mereces ni ameritas ninguna explicación, pero él sí merece todas las defensas, me escribe extensas cartas, por ejemplo, casi a diario, se mantiene fiel en su propuesta y en su promesa de enamorarme para que esté segura de mi decisión cuando diga acepto y, además...

— ¿Qué? — dijo Daniel rojo de cólera.

—Apoya mis sueños, no espera que sea una niña ilusionada y sin otra ambición que administrar una casa, no espera, como tú, que yo sea la chica de hace cuatro años porque no lo soy ni lo seré, ama y apoya la mujer que soy y por eso planeo aceptarle, gracias por ayudarme a aclarar mis ideas, Daniel.

—Diana — dijo mirándome a los ojos — si alguna vez te ha parecido que espero que seas aquella chica de hace cuatro años o que aquella chica no tenía ambiciones, estás muy equivocada, me sentiría honrado de que me permitas ser parte del mundo que has comenzado a construir para ti, sé que el comedor va a volverse una institución en la ciudad gracias a la lucha de tu padre en el parlamento y sé que amas escribir tus columnas y yo jamás querría que dejaras eso.

— Disculpa, ¿qué dijiste sobre mi padre?

—Él ha luchado mucho para que aprueben el proyecto del comedor comunitario en la ciudad y, de hecho, el gobierno dará los fondos para eso.

— ¿Estás seguro? —pregunté.

—Mucho — respondió.

Yo asentí sintiéndome feliz de que mi padre apoyara mi causa tan arduamente, eso no solo ayudaría a muchas personas, también les proveería de empleo.

—Espero que me creas, mi intención no es amarrarte, si no correr contigo.

Yo asentí de nuevo sin saber qué decir, de repente, en el salón, no hubo nadie más y no importó nadie más que él cuándo tomo mi mano, fue un segundo pero fue suficiente para que entendiera que aunque él no quería que volviera a ser la chica ilusionada que él conoció, yo volvía a serlo cada vez que él me tocaba, era como una máquina del tiempo en la que los recuerdos se me mezclaban con el presente y no pensaba más en un futuro, al menos no en el que había trabajado tanto.

Los siguientes días no tuve noticias ni de Daniel ni de Mathew, lo que me permitió pensar bien las cosas, llegando a la conclusión de que no tenía ni idea de qué hacer, solo quería sentirme segura de mi decisión, pero supongo que cualquier ser humano pasa por esta situación esté o no entre el cariño de dos personas. Igual no me parecía justo para nadie, pero hacía tiempo sabía que la vida no tenía mucha justicia, solo libre albedrío y las consecuencias que pueden o no afectarte. Pensaba y pensaba y divagaba en todo momento desde el desayuno hasta la cena, desde que leía el periódico hasta que escribía mis columnas, no lograba pensar en nada más hasta que una mañana leí en el periódico la noticia sobre el comedor comunitario e incluso mencionaba mi labor en él.

— ¿Papá, es esto verdad? — le pregunté con una gran sonrisa.

—Es verdad, hija mía — me dijo el radiante.

— ¡Oh papá! — dije saltando hasta donde estaba para estamparle un beso en el cachete.

Él respondió a mi muestra de afecto con un apretón de manos y yo me volví a sentar, escuchando cómo había conseguido que nuestro granito de arena a la comunidad se volviera una institución que daría tres comidas diarias a quien no, los ojos se me llenaron con lágrimas de alegría cuando me entregó la carta del ministerio donde me pedían que fuera directora del comedor y que buscara personal capacitado para esta ardua tarea. Ana, muy emocionada, dijo que comenzaría una beneficencia para ayudar al comedor y cuando hablé con Robert, me permitió llevarme a Maggie para poner el anuncio de búsqueda de personal, pues ella me ayudaría a entrevistarlos.

Daniel fue a casa al siguiente día de que saliera la noticia en el periódico que, aunque fue pequeña para mí, había sido inmensa, me hacía sentir muy feliz pues mi padre se sentía orgulloso y luchó por mí.

Yo estaba en la biblioteca para cuando Daniel llegó, yo estaba terminando una carta para Mathew, cuando le vi se me cayó de las manos y ambos nos agachamos a recogerla, golpeándonos la cabeza, reímos un rato y él cogió la carta, al leer a quien iba dirigida, su semblante cambió.

—Se te cayó — dijo entregándomela como a una sanguijuela que quieres quitarte de encima.

Yo la tomé, dándole las gracias y la sellé, entregándosela a Robert para que la enviara, después de esto, lo invité a sentarse.

—Esperaba que me acompañara a dar un paseo.

—Me temo que hoy no va a poder ser, me encuentro muy cansada, ayer estuve muy ocupada con lo del comedor — me disculpe y continúe — Pero podemos conversar aquí, mi madre y Ana pocas veces usan la biblioteca y mi padre tuvo que ir al campo.

Él sonrió y asintió sabiendo que yo había entendido su deseo de privacidad o tanta como se podía tener.

—Vine a felicitarla por ese logro.

—No es mío, si no de mi padre.

—Es suyo, fue su idea crear un comedor para heridos y viudas de guerra.

—Esa parte es cierta, en ese caso las acepto, la verdad me encuentro muy feliz por eso.

— ¿Ya se lo contó? — me preguntó y supe que hablaba de la carta,

—De hecho, sí — dije con una sonrisa, aunque cuando pensaba en él me llenaba de emoción, lo supe disimular.

— ¿Lo quieres? — me preguntó.

—Sí.

— ¿Y a mí? — preguntó con tristeza.

—No lo sé — respondí con una lágrima.

Él se acercó a limpiarla y quedó muy cerca de mi cara, con su dedo en mí, en mi mejilla, mirándome a los ojos largo rato y luego mirando mis labios con deseo, pero

sin atreverse a hacer nada sin mi permiso, yo asentí y me besó suavemente, confundiendo mucho más mi mundo, al segundo me separé de él.

—Esto fue un error.

—Pero...Pero Diana — dijo intentando tomar mi mano.

—No puedo hacer esto, no puedes hacer esto está mal.

—No está mal, aun no estás comprometida.

—No le dije que lo pensaría solo por si algo mas salía, era para aclarar nuestras emociones. las de ambos.

— ¿Y yo? — me preguntó con tristeza.

— ¿Tú qué? — dije confundida.

—Yo te amo, Diana y tú sientes algo por mí. ¿Qué pasa conmigo, con nosotros?

—No lo sé, solo me confundes.

—Te confundes porque no es con él con quien quieres estar, es conmigo, siempre hemos sido tú y yo — dijo arrodillándose.

— ¿Qué?

—Diana. Cásate conmigo.

Oh. Dios. Mío.

—Oh Dios mío — dijeron Robert, mi padre y mi madre, quienes estaban entrando a la biblioteca.

Se quedaron un rato estáticos, mirándonos y hasta Daniel seguía de rodillas tomando mi mano, yo los miré haciéndoles señas de que se fueran.

—Oh sí, claro, perdón — dijeron saliendo.

Después de reírnos un rato de la escena, le dije que se levantara.

—No hasta que me des una respuesta — respondió.

— ¡Dios, eres imposible!

—Sí, lo soy solo quiero una respuesta, Diana.

—No lo sé, Daniel.

Él se levantó.

— Bueno, me conformo con un no lo sé, no lo sé no es no, de hecho, no lo sé es un lo pensaré— dijo con un dedo, levantado dándole más peso a su increíble lógica.

Yo me senté con las manos en la cabeza.

— ¿Por qué hiciste eso? —pregunté estresada.

—Lucharé hasta el fin y si te pierdo, lo haré por alguien mejor que yo, no porque me quede de brazos cruzados.

—Si lo hiciste, te faltaron cartas, te faltaron señales de vida, demostraciones de amor, cosas que Mathew sí ha hecho, él no se merece esto.

—Aun no le has aceptado y ahora tienes donde elegir, el sueño de cualquier mujer.

—Esa es la cosa, Daniel, yo no soy cualquier mujer.

Él tomo mi cara entre sus manos y me besó fuerte, duro, con deseo, haciéndome olvidar todo, dejándome sin aire durante, el beso enredando sus dedos en mi cabello y apretando contra mí su cuerpo, nos besamos un muy largo rato hasta que mis labios y nuestro deseo se hincharon, luego me soltó, dejándome con ganas de más, aunque no sabía exactamente de qué o hasta dónde solo más.

—Dime que no sentiste eso, dime que no fue real, también me quieres y por eso lucharé.

—Vete, por favor.

—Solo quiero que seas mi esposa.

—Suerte para ti que sabes lo que quieres.

Dije y luego él salió, yo me arreglé el cabello como pude y me serví un vaso de agua para bajar la hinchazón en mis labios, subí a mi habitación pidiendo a Sarah que dijera a todo mundo que me había recostado y que no se me molestaran hasta la cena.

Todos en la cena me preguntaron por el episodio de la biblioteca, se los comenté apenada y asustada por la reacción de ellos ante lo sucedido, pero una vez que les conté, se rieron hasta el cansancio.

—Y tú que no querías casarte y ahora tienes dos propuestas — dijo la abuela entre risas.

—Y de paso no sabe a quién elegir — dijo papá.

—Sí, ríanse de mi desgracia.

—Tienes que admitir que es un buen giro del destino— dijo Ana,

—Al que no le gusta la sopa, le dan dos tazas — dijo mamá riendo.

Pocas veces los había visto reír de esa manera y era agradable, pero no lo era el que fuera yo el objeto de su burla.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó Ana limpiándose las lágrimas que la risa le causó.

—Pues no tengo ni idea y, la verdad, debería ocupar mi tiempo en el comedor y las columnas, no en este doble lio de amor.

—Querida, somos mujeres, un doble lio de vez en cuando es bueno para la salud
— dijo la abuela, recordando seguramente alguna de sus ilusiones de joven que poco compartía.

—Lo que debes hacer es hacer una lista de pros y contras.

—Por Dios, Ana, esto no es un corte de cabello — la regañé.

—Debes pensar en lo que quieres y cuál de los dos te lo ofrece — dijo mamá.

Yo abrí la boca para decir algo, pero antes de que pudiera, mi padre me interrumpió.

—Tu mamá no habla de lo material, cariño, habla acerca de la calma o el ímpetu, del romanticismo y la pasión o la practicidad y la inventiva, lo que sea que necesites y quieras, debes encontrarlo en la persona que elijas.

—Esa es la cuestión, hasta hoy creí que sabía lo que quería, pero Daniel me confundió, cambiemos el tema, no me siento muy a gusto hablando de esto con todos.

—Es natural, en esta familia no hablamos de estas cosas, al menos no de esta manera, aunque aprecie la risa.

—*Me alegre* — rezongué.

Capítulo 6

Cuando volvió Mathew, decidió visitarme por mañana para dar un paseo por el jardín y ponernos al corriente, dado que no nos vimos en tres semanas, yo, en cambio lo invité al comedor conmigo, pues iba de salida a supervisar el almuerzo. Se ofreció a ayudar en lo que fuera, lo que me dio una idea que al principio creí que sería para nuestra diversión, pero después entendí que estaba en grandes problemas, fue tan lindo verlo sirviendo la sopa con las magas arremangadas, un delantal y una red... me llenó de ternura la escena, tanto que cuando terminó la jornada, lo llevé a un rincón y lo besé de improvisto.

—Wow... ¿Y eso? — dijo sonriendo.

— ¿Te molestó? — pregunté.

—En absoluto, hazlo siempre que quieras, por favor — dijo dándome otro beso, esta vez más corto y luego ambos miramos hacia los lados.

— ¿Puedo invitarte a almorzar? — me preguntó.

—Me encantaría — respondí y fui a despedirme de las cocineras y la encargada.

Almorzamos en un restaurante sin mucha pompa, pero con una comida deliciosa, estuvimos todo el rato hablando, tomados de la mano y las sonrisas no se borraban de nuestros rostros. Me sentía tan bien con él, como en paz, como en casa y ahora que sabía que él me apoyaría con el comedor, debía saber si lo haría con la revista, así que saqué el tema.

—Mi columna de este viernes habla sobre el amor al prójimo, no solo ayudarlos si no sobre aceparles y apoyarles.

—Soy un gran fan de todo lo que haces, sobre todo la manera en que te expresas, eres tan madura.

—Gracias, tú también estás tomando esta situación con bastante tranquilidad y madurez.

—Es lo único que puedo hacer, quiero decir, es la tarea que se me encomendó a hacer, pero mi padre me enseñó que no tenía por qué volverla mi vida, él viajó mucho e hizo muchos negocios que engrandecieron la casa hasta que pudo sustentarse sola, más los alquileres... yo, por otra parte, amo los caballos, me gustaría un gran establo y ponerlos a competir.

— ¿En serio? — dije alegrándome que tuviera alguna pasión, demostrándome así que no solo haría en la vida lo que sus padres dijeron que nació para hacer

—Sí, es mi pasión. ¿Me apoyarías? — dijo con una sonrisa.

—Si te hace feliz, lo haría.

Él tomó mi mano de nuevo y la apretó.

—Yo te apoyaría en todo lo que quisieras — dijo sonriendo.

— ¿Te gusta mi trabajo en la revista?

—Claro, ya te lo dije.

—Mathew, yo necesito saber si me apoyarías en serio con eso, si serías la clase de marido que no se molesta porque su esposa tiene algo que hacer.

—Explícame — dijo abriendo mucho los ojos, preparándose para lo peor.

—Bien, — dije tomando aire — tengo dinero ahorrado, todos mis sueldos más casi todo el dinero que me da mi padre para gastos y he conseguido suficiente para comprar el 30% de la revista para la que escribo, dirigiría la revista junto con Andrea.

—Qué bien, Diana, te felicito. ¿Todo eso lo has hecho tú sola? Debería darte la dirección de mi señorío, te administras muy bien.

—Creo que con el comedor y la revista me basta y me sobra — dije sonriendo de oreja a oreja, no podía creer que se lo tomara tan bien.

—Y además serás la señora de una casa — dijo besando mi mano y yo solo asentí. Sí, la señora de una casa, pero: ¿Qué casa elegiré?

Al llegar, busqué a papá por todos lados, hasta encontrarle.

— ¿Podemos hablar?

—Claro, Diana, siéntate.

—Sé que dijiste que tenía un año para casarme o me casaría con cualquiera por ahí, ¿pero podrías aplazarlo al menos hasta que me decida?

— ¿Cariño, de veras me creíste cuando dije eso?

—Mucho, de hecho, tenía un plan que estoy por llevar a cabo.

— ¿Sí y cuál?

Le conté acerca de mi compra de acciones a la revista e incluso del dinero que me sobraba para comprar un piso o invertir en alguna otra cosa.

—Así que saliste a tu padre, *empresaria*.

— ¿Te molesta? — pregunté.

—En absoluto, de hecho, me alegra, ni siquiera tu hermano dio signos de ser hábil en los negocios y él si que lo necesitará cuando herede.

—O su esposa lo dejara en la ruina... *cómo gasta* — dijimos ambos y luego reímos.

—Bueno, el punto de nuestra conversación era...— dijo mi padre,

—Sí, ¿me darás más tiempo antes de casarme con cualquiera?

—Te lo daré — asintió mi padre.

—Era todo lo que quería escuchar, me cambiaré para la cena.

—Espera, es muy temprano ¿compartimos el té?

—Me encantaría.

Asentí encantada y hablamos por un rato mientras servían, bebíamos y comíamos bollos, conversando de mis planes y los suyos y mi gran predicamento.

—Querida, te aconsejo que no te mates, por eso simplemente sigue tu instinto, él te hará saber lo que quiere y lo que le conviene.

— ¿Tú crees?

— Sí, lo creo, sabes que cuando tu mamá y yo íbamos a casarnos, conocí a esta chica y me sentía confundido, tu abuelo me dijo que, si no quería casarme con tu madre, no lo hiciera, ella era extranjera y fácilmente podía romperse el compromiso, pues la otra chica tenía más dinero que tu madre, dinero que añadir a este señorío que aún no se sustentaba solo si no que se valía de las herencias de sus Lords.

— ¿Entonces?

—Decidí besar a las dos y dejarme llevar por lo que me hacía sentir su beso, cuando besé a tu madre, supe que habría otra mujer para mí.

—No sabía eso, papá.

—Ni tu madre, así que, por favor, no lo comentes.

—Mis labios están sellados— dije haciendo un gesto con mi mano y mi boca.

—Tu madre me ha hecho el hombre más feliz, sé que mis motivos y los de tu abuelo no fueron los más honorables pero la amo profundamente y no me arrepiento de mi decisión.

Sus palabras me enternecieron y tranquilizaron, sabía que papá y mamá aprendieron mucho el uno del otro y que su felicidad no era una fachada, yo no quería casarme con un cualquiera por miedo a no tener eso que ellos tenían, pero Daniel y

Mathew no eran cualquiera, eran hombres maravillosos. Sabía que, si me quedaba con uno, una parte de mi corazón se iría con el otro, pues ambos habían logrado posicionarse en él, entregaría mi vida y mi corazón, pero no del todo, una parte de mí jamás podría olvidar a esa persona, aunque sabía que nunca me arrepentiría o haría algo que dañara mi relación.

Decidí hablar en mi columna de la semana de los primeros amores y los amores de la vida, a veces estos dos eran la misma persona y a veces no, pero como fuera... nunca podríamos olvidarlos, tendrían un lugar especial en nuestro corazón. Cuando nuestro primer amor no es el mismo de nuestra vida, ¿cómo podemos saberlo? ¿Cómo podemos diferenciar esas dos intensas líneas que muchas veces van por el mismo lado y tocan los mismos puntos? Es muy difícil saber quién sí y quien no está para compartir tu vida, es doloroso para tu corazón cuando quieres a ambos y sabes que no merecen que los hieran, pero en situaciones como esta, solo puedes orar porque el corazón del tercero sane y rehaga su vida feliz, sin que le moleste nunca más esto.

Una noche, mis padres tuvieron *la genial idea* de que ofreciéramos una cena. entre invitados como Daniel y Mathew, solo para su diversión. Gracias a Dios, tuvieron la delicadeza de sentarme junto a Mathew y el mundo desapareció, tanto como si estuviéramos solos, a mí me lo parecía, reíamos y durante el postre, robó de mi plato, Sinceramente, no existió para mí nadie más allí, ni siquiera Daniel y ahí lo entendí... o eso creía.

Cuando nos reunimos en el salón, empezó la verdadera lucha. Yo en el centro con cada uno a un lado. Comenzó la batalla.

—No se preocupe, Lord Andrews, le hice compañía a Lady Diana en su ausencia — dijo Daniel con una sonrisa.

—No es que necesite mucha compañía — dije sonriendo.

—Sé que hay muchos queriendo acompañar a Lady Diana, pero ella, siendo la mujer que es, siempre va un paso más adelante — dijo Mathew.

— ¿A qué se refiere? — dijo Daniel.

—A que es una mujer que no necesita la compañía de un caballero para sentirse bien, además estoy seguro de que mis palabras le acompañaron en mi ausencia.

Sus palabras demostraban lo bien que me conocía y me leía, además, era cierto, sus cartas aseguraron que se mantuviera siempre en mi pensamiento y me recordaban, sin tener que repetírmelo mil veces, sus sentimientos hacia mí, demostrando que hay más de cien maneras de decir te quiero.

—Qué bien hablan de mí los dos, pero la verdad es que odio ser predecible, así que no tengo una agenda diaria establecida, por lo que es muy difícil acompañarme más que en pensamiento.

Dije con una sonrisa y ambos rieron por eso. Yo sabía que no tenís madera para la comedia, así que ambos lo hacían para agradarme, me parecía dulce pero innecesario, eran personas maravillosas y yo podía verlo sin los halagos.

Para cuando terminó la noche, ya había tomado mi decisión y decidí que cuando llegara el momento, se lo diría. rogando a Dios por no herir demasiado al otro, era algo muy difícil para mí, no entendía cómo había mujeres que amaban tener hombres peleándose por ellas, supongo que no los querían porque cuando quieres a alguien, no le quieres ver sufrir. Por otro lado, la actitud de mi familia y de Emma era comiquísima, creo que en la casa hicieron hasta un sistema de apuestas por cada uno de los contendientes creyendo que alguno de los dos podría ganar mi corazón. Sarah me comentó que cada que venía alguno las apuestas subían y durante la cena triplicaron las puestas a Mathew. Todo esto, lejos de molestarme, me daba risa, al menos alguien hacia una fiesta sobre la situación, podía escuchar a mamá hablar con la abuela planeando la boda.

— ¡Pero si no estoy comprometida!

—Esos son detalles, querida, lo estarás y queremos que todo este a pedir de boca.

—Ustedes están locas.

—Ay, Diana, no seas aguafiestas, esto es divertidísimo — dijo Ana.

—Mejor dinos... ¿Cómo quieres tu vestido? — dijo la abuela mostrándome una revista llena de vestidos de novia.

Yo reí y negué con la cabeza mientras ellas hablaban de encajes, flores, mantelería, vajillas, obispos y demás.

Con Emma fue lo mismo, estaba decidida a que me casara, no importaba con cuál de los dos. Me recomendó a las personas que hicieron sus invitaciones y a los que confeccionaron su atuendo de la noche de bodas, *si a eso se le podía llamar atuendo*. Incluso Maggie me preguntó de qué sabor quería mi pastel de bodas y me pidió que no me preocupara, ella conocía mis gustos y el pastel quedaría precioso. Además, se sentó conmigo una tarde que bajé a la cocina pues quería organizar el menú de la boda con el pretexto de que cuando me decidiera, mi madre tendría todo organizado para casarme. Al siguiente día, la verdad es que no lo dudaba, conociéndola a ella y a la abuela, eso era muy posible.

Una tarde durante el té, les pedí que se detuvieran, en el momento en que me comprometiera, yo elegiría junto a ellas cada aspecto de la boda.

—Lo sabemos, cariño, no pensamos organizar toda la boda sin ti...— dijo mamá.

—Es solo que esto es tan divertido — dijo Ana.

—Además, nunca se sabe, Ana podría comprometerse antes que yo — dije sonriéndole, recordando lo bien que se veían ella y Henry juntos la última vez.

Ana se ruborizó, pero no dijo nada hasta esa noche cuando toco mi puerta.

—No puedo aguantar más debo contártelo.

— ¿El qué? — pregunte mordiéndome los labios de emoción, esperando su respuesta.

— ¡Henry se me propuso y le dije que sí! Pero acordamos no hacerlo público hasta que termine su luto — dijo emocionada.

— ¡Qué emoción! Me alegro mucho por ustedes se ve que se quieren.

—Es tan lindo... insistió en hablar con mi padre.

—Aww qué bello. ¿Entonces es en tu boda en la que estás pensando?

—No, es en la tuya, lo que yo daría por tener dos galanes así detrás de mí.

—No sabes lo que deseas, a veces creo que me volveré loca.

—Creí que ya lo estabas.

—Serás tonta, vete de mi habitación — dije lanzándole una almohada.

La siguiente mañana vi a Simón y mi padre hablando misteriosamente, mientras me acercaba a la casita del chófer y aunque no pude escucharlos, vi cómo mi padre le entregaba dinero que él al principio rechazó, pero luego aceptó. Para cuando me vieron, ambos disimularon y mi padre le hablaba acerca de los cauchos nuevos que debía comprar, pero a mí me parecía que había más en esa historia.

Decidí indagar con Ana durante varios días, sin llegar a ningún lado, ni mi madre ni la abuela soltaban prenda, de hecho, esta última nos reprendió por ser tan curiosas y Simón era tan taciturno... Casi nunca conversaba con nosotras de absolutamente nada, pero no me rendiría tan fácil, pedí a Sarah y a Robert que intentaran averiguar lo que pudieran con el personal. Simón llevaba aquí muchos años cuando empezó como mozo de cuadra, con alguien debió haber hablado en algún momento, si eso no funcionaba, le preguntaría a papá y si este no me contaba nada, contrataría un investigador privado... pero resolvería este misterio como fuera. En efecto, ninguno de los chicos dijo nada, ya fuera que supieran o no lo que yo preguntaba, lo que me hizo preocuparme más, pues por lo general conseguía lo que me proponía con ellos debido a que siempre los había tratado como amigos y no como sirvientes.

Tomé aire y me aventuré a la biblioteca.

— ¿Podemos hablar?

—Diana, claro, ¿te encuentras bien?

Yo negué con la cabeza.

—La verdad estoy muy preocupada, algo ha estado rondando mi mente y no puedo sacármelo-

— ¿Qué es, alguno de tus pretendientes? — preguntó riendo.

Sonreí y bufé.

— No, no es eso en absoluto, es que presiento que has estado guardando un secreto y quisiera saber qué es, pues me he imaginado lo peor-

—Vaya, querida, ahora me has preocupado a mí, ¿de qué o de quién hablas?

—De Simón — dije soltando el aire para volver a contenerlo.

Papa suspiró y bajó la mirada.

— ¿Y qué te has imaginado?

—Que es tu hijo.

Papá rio un momento.

— Comprendo que estuvieras tan nerviosa, Simón tiene un año menos que tu hermano, significaría que engañé a tu madre.

—Sí— dije aun reteniendo el aire.

—Pero no es así, te lo explicaré. Mi padre sí engañó a mi madre y de esa relación nació una hija muy hermosa, vivía en el pueblo, se casó con un granjero y tuvieron un hijo. De esto no supe nada hasta que mi hermana y su esposo murieron, dejando a su hijo huérfano. Mi madre se apiadó del pobre niño y yo lo traje a casa, ella no permitió que lo tratara como a mi sobrino, así que le conseguí trabajo acá y lo he estado ayudando. Simón es muy inteligente y está reuniendo para la carrera de derecho, donde empezara en unos meses-

—Entonces Simón es...

—Tu primo, sí y por eso es tan protector con ustedes. Me comentó sobre el altercado con Henry, lo que me hizo reír, en algún momento ustedes sabrían la verdad, solo que él quería que fuera cuando lo vieran como algo más que un chófer.

—Oh, pobre Simón.

—Él está bien, me he asegurado de que lo esté, he mandado a hacer varios trajes para cuando esté en la facultad de derecho, hace poco terminó la escuela, lo

ayudé a hacerlo sin que nadie se diera cuenta y le acompañé a recoger su diploma. Almorzamos juntos, fue un buen momento entre tío y sobrino, espero que sea el mejor abogado mercantil para que cuando yo muera, ayude a tu hermano con la casa y las otras propiedades.

—Sé, mi pobre hermano necesitará toda la ayuda posible — mascullé.

—Espero que tu curiosidad haya quedado satisfecha.

—Lo está, ahora me siento mal por haber pensado tan mal de ti y haberte acorralado de esta manera.

—Sabía que algún día esto saldría a la luz y me alegro de que fuera así y no cuando él volviera de la escuela de derecho.

—Es cierto, habría sido un choque muy fuerte.

Robert nos interrumpió para avisar que la mesa ya estaba preparada para cuando deseáramos almorzar, a lo que nos aventuramos ambos con un peso menos en la mente.

Al día siguiente, le pedí a Simón lecciones de manejo con la peor de las excusas, pero la más indiscutible.

—Nunca se sabe— le dije— Quizás hay una emergencia y usted está dormido para ir por el médico.

Y él aceptó, era tan bueno que nunca nos había discutido nada, aunque tuviera el derecho, por nacimiento, de hacerlo.

Capítulo 7.

Decidí ir a casa de Emma, pues hacía días no veía a mi querida amiga. Llevaba una cesta con pastelillos que Maggie le preparó para satisfacer sus antojos, estaban muy contentos pues estaban probando el nuevo gramófono que Gerald había comprado y ella estaba bailando, sonrió al verme en el salón grande y me jaló a la pista de baile improvisada para bailar conmigo. Gerald la volvió a jalar para bailar y yo me quedé sola unos segundos, hasta que Daniel se acercó a mí.

— ¿Bailamos?

—Claro — dije tomando su mano, pues estaba muy contenta esa mañana.

Todos bailamos un rato, unas dos o tres canciones movidas de las que estaban de moda hasta que Emma quiso recostarse y se fueron a la salita, dejándonos a Daniel y a mí solos, él cambió la música por una más suave, una canción que no conocía.

— ¿Esta es nueva? — pregunté.

—Tiene sus años— respondió esquivo.

—Es linda.

—Lo es, siempre me ha recordado a ti — tragó saliva y dijo — Esperaba que vinieras —

Yo le apreté fuerte y coloqué mi cara contra su pecho,

—Ya estoy acá.

Continuamos así un rato y escuché la letra. hablaba de un amor perdido que buscaba recuperar, me puse sentimental y me atreví a azar la vista y tras de dudar, le dije con sinceridad.

—Lo siento.

— ¿Por qué? — preguntó.

—No deberías tener que luchar.

— Sí, debo hacerlo, eres una gran mujer que es muy dura consigo misma.

—Pero mereces que te amen sin dudas.

—Eso me hace amarte más, cualquier dama en tu posición estaría feliz de ser tan agasajada, tú, en cambio, te sientes mal.

—No es mi intención jugar con el corazón de nadie ni alegrarme de hacerle sufrir. me siento tan culpable...

Dije soltando un sollozo contra su pecho, cuando me calmé, él levantó mi cara y secó mis lágrimas.

—Si hay alguna culpa, es mía, por supuesto. Estaba claro que alguien vería lo maravillosa que eres y trataría de ganar tu amor.

Yo no dije nada, solo le sonreí tímidamente, él continuó.

—Sé que me amaste, pero fui un tonto y me confié.

—El amor verdadero debería durar toda la vida, no debería dudar— dije haciendo una mueca.

— ¿Quién lo dice? — preguntó.

—Así debe ser — me encogí de hombros,

—Yo soy de los que creen que el amor viene de todas las formas y que, porque un amor sea corto o largo, no es ni menos ni más especial.

Yo sonreí y solté una lágrima y él aprovechó para darme un beso, soltando una lágrima también.

—Gracias — susurró, apretándose contra mi cuerpo-

Ya había dejado de sonar la música y estábamos allí, llorando en el centro del gran salón.

Yo negué con la cabeza y tragué saliva, mirándolo a los ojos.

—No, gracias a ti, me enseñaste lo bonito que es amar.

—Por primera vez... — corrigió — y ahora entregarás tu corazón entero.

—Te equivocas, Daniel, al menos, en parte, yo...— tragué saliva y calmé mis lagrimas — yo nunca te podré olvidar, siempre serás parte de mí.

—Pero él, es más — dijo al final.

Yo asentí y de veras lo creía, Mathew era más, era mi verdadero amor y aunque siempre habría un lugar en mi corazón para Daniel, no podría elegirle a él sin sentirme incompleta. Nuestro tiempo había pasado, yo cambié y él también y no quería regresar a quien era antes. Él ha madurado mucho, también, durante el tiempo en que estuvimos separados, confiaba en que algún día conocería a una dama que le hiciera muy feliz y que fuera perfecta para él y que no tuviera dudas de amarle como ahora yo no tenía ninguna duda sobre mis sentimientos.

— ¿Me regalas un último beso? — preguntó.

Y antes de que pudiera responder a algo, ya me estaba besando, yo le correspondí, pero lo corté rápidamente, apreté su mano y me alejé, él intentó detenerme por un segundo, pero luego me dejó ir.

—Despídeme de Emma, por favor, y si puedes algún día... perdóname, nunca quise herirte.

—No hay nada que disculpar, vida mía, fui yo quien nos separó.

Ambos nos miramos suspirando, llamaron a mi coche y aunque Simón me vio con la cara llena de lágrimas, no dijo nada durante un rato.

— ¿Está usted bien, Lady Diana?

—Lo estaré, Simón.

— ¿Puedo preguntar qué ha pasado?

—Claro que puedes, eres mi primo, Simón — dije sin pensar, él no sabía que yo sabía.

—Señorita...— comenzó.

—Ya hablaremos de eso otro día, hoy es un día triste, Simón, aunque el sol brille

— ¿Por qué?

—Acabo de romperle el corazón a alguien y en el proceso se fue una parte del mío también.

—Se ha decidido.

—Así es.

—El señor Mathew es muy afortunado.

—No sé qué pensar, se supone que el amor no duda.

—Le tocó lo difícil a usted, conocer a su gran amor y reencontrarse con su primer amor, todo en la misma semana, no sea tan dura consigo misma.

— ¿De verdad lo crees así?

—Ya quisiera yo tener el amor de una mujer tan dulce, bondadosa y fuerte como usted.

Yo le miré por el espejo del auto y sonreí, apretando la cara.

—Gracias por eso, primo — susurré.

—Así que tendremos boda en la casa pronto.

—Sí y quiero que estés allí como invitado, sé que ya estarás en la escuela de derecho, pero espero que tomes un día para asistir.

— ¿De verdad? — preguntó sorprendido.

—Claro que lo digo de verdad y no te atrevas a contradecir a la novia.

—No, señora — dijo colocando la mano derecha en su frente al estilo militar.

Yo sonreí y fuimos directo a casa.

Dos tardes después, después de volver del servicio del almuerzo y supervisar la preparación de la cena en el comedor, le pedí a Robert que llamara a la casa de Lord Andrews y les invitara tanto a él como Sir Henry a cenar al día siguiente.

— Eso va a ser imposible, milady.

— ¿Cómo imposible? — pregunté extrañada.

—Los señores se encuentran en la biblioteca junto con su familia, esperando el té.

—Entonces ponga otra taza para mí, por favor, iré arriba a refrescarme — Le informé con una gran sonrisa.

—Perfecto milady— dijo él, como siempre, con mucha propiedad, pero emocionado, seguramente sus apuestas iban para con Mathew.

Subí a mi cuarto, limpié mi cara, me retoqué el cabello y me perfumé para volver a bajar, en cuanto estuviéramos a solas, le daría la noticia a Mathew.

Pasamos toda la hora del té conversando entre todos y la abuela y mamá pedían continuamente mi atención, tanto que no hubo ni un momento disponible para que estuviéramos cerca y pudiera aceptar al fin su propuesta.

Después del té, Ana y Henry propusieron dar una vuelta por el jardín y cuando subimos a buscar nuestros sombreros, Ana me dijo.

—Debes estar feliz.

— ¿Por qué?

—Pues porque te he dado el momento perfecto para aceptar su propuesta.

— ¿Lo notaste?

— ¿Cómo crees que no? Se han lanzado miraditas la hora entera.

—Ya quiero darle la noticia.

—Y él quiere escucharla.

— ¿De verdad?

— ¿Le amas?

—Creo que debería decirle eso primero a él.

—No es necesario, ya sé que lo haces, sino no habrías rechazado a Daniel.

— ¿Cómo sabes eso?

—Emma me dijo que perdió su apuesta.

— ¡Así que ustedes también lo están haciendo!

—Papá, mamá y la abuela también.

—Esto es el colmo...

—Papá y la abuela se ganaron el gordo.

—Preguntaré a Sarah quién ganó abajo.

Imaginarlos a los de abajo como apostadores, fumando puros y tomando... nos causó mucha risa y lo hicimos como niñas, hasta con lágrimas, para luego buscar unos sombreros y salir al jardín.

Traté de elegir el sombrero más lindo y me retoqué lo mejor que pude en el corto tiempo que pasamos arriba.

— ¿Le va a decir, señorita?

—Ay, Sarah, no me digas que tú también...

Ella sonrió apenada y luego respondió.

— Sí y perdí hace dos días, pero entiendo por qué aceptará al señor Mathew, es el compañero ideal para usted.

— ¿De verdad lo crees?

—Nunca la he visto más cómoda que cuando esta con él, es como si se permitiera ser usted misma.

—Nunca lo había visto así, pero es cierto, así me siento con él, como yo misma.

—Antes de irse, póngase algo de perfume.

—Cierto — dije colocándomelo en el cuello y bajé.

Después de caminar un rato los cuatro juntos, Ana y Henry se separaron de nosotros, hablamos de todo un poco, quemando cada tema con facilidad, el nerviosismo estaba haciendo estragos en mí y no sabía cómo tocar el tema.

—Se ven tan felices... — dijo Mathew con nostalgia.

—Así es —respondí.

En un momento de atrevimiento, tomé su brazo, aunque él no me lo ofreció y le pedí detenernos un momento a ver las rosas,

—Sé que no debería preguntar esto, pero... ¿Ha pensado usted en mi propuesta?

Yo suspiré fuerte.

—Gracias a Dios que ha tocado el tema — dejé escapar.

— ¿Qué quiere decir?

—Que he intentado hablar con usted de eso desde que estábamos bebiendo el té, pero no sabía cómo tocarlo.

—Quiero decirle, mi querida lady Diana, que la amo y que entiendo cualquier decisión que haya tomado, Dios sabe que soy muy imperfecto y que usted merece lo mejor...

Yo sonreí y le di un beso corto,

—Lo mejor para mí es usted.

—Eso quiere decir...

—Sí, Mathew, deseo casarme con usted.

—Oh, mi querida Diana — dijo besándome de nuevo,

Y luego apretándome la mano para besarla.

—Debo hacerlo de nuevo — dijo poniéndose de rodillas.

—No es necesario...

—Complázcame en esto también, por favor — dijo besando mis manos—Diana...

—Mathew...

— ¿Me haría el hombre más feliz del mundo aceptándome como tu esposo? — dijo con una sonrisa.

—Sí, acepto — dije con la sonrisa más grande que mi cara podía tener.

Capítulo 8

—Necesito saber... ¿Me ama? — dijo aguantando el aire.

—Sí, lo amo — respondí segura, completamente, como nunca había estado en la vida.

—Cómo lo supo.

—Creo que le he querido desde hace mucho, pero me costó más que a usted darme cuenta.

—Soy tan feliz... ¿Podemos decírselo a todos?

Yo reí mientras caminábamos.

—Claro que sí.

—No quiero guardar más luto, si fuera por mí, nos casaríamos mañana.

—Entonces planeemos desde hoy — dije con una sonrisa.

—Bien. ¿Qué es lo primero que se hace al planear?

—No lo sé, pero somos usted y yo, podemos planear como queremos.

—Bien, a la cuenta de tres vamos a hacer una pregunta y luego una respuesta sin pensar.

— ¿Sabor del pastel? — dijimos ambos al mismo tiempo y reímos.

—Fresas.

—Melocotones.

— ¡Fresas y melocotones con crema! — dije y él aceptó.

Continuamos hablando de todo acerca de la boda, desde los colores de los manteles y decoraciones, música, flores y comida, el único punto sobre el que él tenía alguna idea, además de su padrino de bodas. Sin embargo, estábamos tan emocionados que no importó si teníamos idea o no de cómo planear una boda, lo que queríamos era disfrutar de ese momento.

Cuando entramos a la casa, se lo contamos a mis padres, quienes nos felicitaron muy emocionados, sobre todo papá que había ganado la apuesta, pasamos las siguientes semanas en compañía de mamá y la abuela para organizar todo lo referente a la boda, pues ellas sí tenían experiencia y de sobra, además nos reunimos con Maggie para orquestar el menú, vimos con Henry y Ana algunas bandas hasta que elegimos una que logró animarnos durante casi todo el rato, elegí el modelo de mi vestido, la mantelería, vajilla, cubertería, cristalería. ¿Centros de mesa bajos o altos? Las flores de la recepción y de la iglesia, la licencia de matrimonio y las invitaciones a la boda, este fue un tema susceptible entre Mathew y yo.

—Debemos hacer la lista de invitados — le dije con un tono de voz apagado,

Él sonrió y besó mi cabello,

— ¿Está cansada mi prometida?

Solté un suspiro, pero le sonreí, tomando su mano.

— Mamá y la abuela son unos tornados.

—Lo bueno es que eso te permite seguir haciendo lo que te gusta.

Yo ladeé la cabeza y lo miré a los ojos.

—Esto me gusta, es nuestro día me ha tocado luchar mucho por hacerme escuchar.

—Debimos fugarnos.

Yo reí.

—Eso los habría matado a todos, si no te matan primero.

El rio fuerte también.

— ¿Lista de invitados?

—Lista de invitados — asentí — Mi madre y la abuela ya anotaron a un montón de personas, nosotros solo debemos añadir a alguien más que tú quieras o sacar a quien queramos.

—Diana, esto es un cuento largo para dormir.

—Lo sé, son trescientas personas — suspiré y arrugué la cara.

Él tomó mi mano y suspiró.

— Bueno, comencemos mejor....

Para cuando llegamos al nombre de Daniel, él me miró y yo lo hice de vuelta.

—Quiero hablar de esto. ¿Te parece bien?

—Claro — dije suspirando.

—Lo sé todo, sé que él también te propuso matrimonio.

—Mathew...

—No estoy molesto, comprendo que él te había pretendido antes, seguramente él fue tu primera ilusión, pero...

—Tú eres mi amor real — lo interrumpí.

—No le odio, eres una mujer demasiado maravillosa por dentro y por fuera como para esperar ser el único que quiera tu amor, así que, si quieres invitarlo y él quiere ir, yo no tengo problema.

—Tú eres maravilloso, soy tan afortunada de tenerte en mi vida— y le besé sabiendo que no habría otro hombre para mí, jamás.

No hubo día más hermoso que ese, el sol brillaba y los pájaros cantaban. no era solo yo quien lo decía, desde que amaneció todos comentaban lo feliz y armonioso que era ese día. Me arreglaron y terminaron mis maletas para la luna de miel, pasaríamos nuestra noche de bodas en su casa, de la que sacó a Henry por un día y luego nos iríamos a de viaje por un mes.

Mi vestido era recto, hasta los tobillos, de color marfil, con encaje en el pecho y las mangas largas, piedras doradas bordadas en el ruedo de la falda, tenía un tocado que atravesaba mi frente hasta mi cabeza, donde se unía al velo. Llevaba aretes de diamantes, un diamante solitario con una cadena corta de oro en el cuello y guantes transparentes color marfil.

Mi ramo era alargado, tenía mucho verde, rosas blancas y calas rojas, al igual que el resto de las flores de la recepción en la iglesia, por su parte, reinaba el blanco y el follaje de la naturaleza.

Me sentía muy nerviosa, sobre todo desde la noche anterior en que le di a Mathew mi último beso de mujer soltera y, como siempre, cada vez que él me tocaba, sentí una corriente en todo mi cuerpo, si era capaz de eso con solo tocar mi mano, con darme un beso casto... ¿Sería capaz de soportar la cantidad de sensaciones que me esperaban en nuestra noche de bodas? Lo amaba y estaba emocionada por todo lo que nos deparaba, de hecho, me hizo ruborizar haciendo un comentario de que, a partir de ese día, no me quitaría nunca las manos de encima.

Para cuando Sara terminó de abombar mi velo, mamá estaba llorando, ellas bajaron y cuando bajé las escaleras, lloraron mi padre, mi hermano y Robert, casi haciéndome llorar a mí, antes de salir Maggie subió a verme.

— ¿Qué tal, Maggie? — dije modelando con mi más grande sonrisa.

—Hermosa, milady, la novia más bonita — dijo soltando una lagrима.

La casa se veía de fiesta, justo como se sentía, mi alma no podía creer que me casaba, que conocí a alguien tan maravilloso como Mathew y que me quisiera como él me quería, al subir al coche, mi padre tomó mi mano y pude sentir que estaba temblando,

—Estoy muy emocionado y orgulloso.

—Gracias, papá.

—Es un buen hombre el que elegiste.

—No podría estar más feliz.

—Lo sé, tiene suerte.

— ¡Oh papá! — dije echándome aire en los ojos para no volver a llorar.

Y arrancamos hacia la iglesia... donde comenzaría una nueva vida.

Capítulo 9

La iglesia estaba hermosa llena de rosas blancas, velas y mucho follaje verde, se sentía casi como entrar a un invernadero de tantas flores a lo largo del pasillo, en cada banco y tres grandes a cada lado del altar, donde nos pararíamos. Henry acompañaba a Mathew en el altar, cuando lo vi, mi primer impulso fue correr hacia él, pero el lugar estaba tan lleno de gente que me sentí claustrofóbica al entrar y tomé muy fuerte la mano de papá para no tropezarme.

—No dejes que caiga, papá— le susurré.

—Primero muerto — respondió apretando más su agarre,

Yo me giré a mirarlo y sonreímos con complicidad, en ese momento giré de nuevo y todos desaparecieron, solo estaba él y ni una persona más. Quería correr a su lado, pero las piernas no me dejaban, decidí seguir con el plan y andar al paso de papá —*angustiosamente lento*— Para cuando estuvimos uno frente al otro, podía ver mi sonrisa reflejada en la suya, tomamos nuestras manos y el obispo comenzó a hablar, recitamos nuestros votos y entregamos nuestros anillos, yo solo quería que el padre acabara y dijera lo que ambos queríamos escuchar.

—Los declaro marido y mujer — dijo y nuestras sonrisas estallaron para convertirse en el más maravilloso beso, si creí que sabía lo que era besar, o si creía que tenía alguna idea de cómo respirar, estaba equivocada. Él, en cada beso, en cada toque me enseñaba lo equivocada que estaba sobre sentir, de sensaciones no sabía hasta que lo conocí, la iglesia giraba como ciclón entorno a nosotros y su mano, en mi mejilla, lanzaba corriente a todo mi ser, tanta que, si no me soltaba, habría dejado que me hiciera lo que quisiera justo allí.

Miramos a quienes nos aplaudían y vitoreaban por nuestra unión y nos dimos otro beso más, corto, salimos tomados de la mano mientras los demás nos lanzaban arroz hasta salir y subir a nuestro coche, donde nos besamos y nos abrazamos fuerte.

—Esposa — me dijo sonriendo.

—Esposo — respondí y le besé de nuevo mientras arrancaba el auto.

—Dímelo de nuevo.

—Esposo.

— ¿Se puede ser más feliz?

—Podemos intentarlo— dije sonriendo.

Al llegar a la fiesta, todo estaba maravilloso, habían colocado las mesas con comida, el inmenso pastel y ya estaban repartiendo champán.

— ¿Quieres que nos vayamos? — preguntó horas más tarde a mi oído Mathew, su cercanía hizo que toda la piel de mi cuerpo se erizara, no había manera de que me quedara en ese salón lleno de gente cuando quería estar a solas con él todo el tiempo posible.

Fui con Sarah, quien nos acompañaría en el viaje a colocarme el traje que usaría para salir de la casa, era de un rosa muy claro con toques de dorado, tanto el abrigo como el vestido ajustado a los tobillos, combinado con sombrero sencillo rosado, con zapatos rosa del mismo tono, en un bolso pequeño que ya estaba en la habitación de mi noche de bodas, estaba mi camisón de la noche de bodas.

Al llegar en la casa, no parecía haber nadie, aunque yo bien sabía que estaban las personas de servicio, no se veía un alma en la casa, se encontraba con todas las luces apagadas, al llegar a la puerta de la habitación, tragué saliva y me ruboricé.

—Eres tan hermosa — me dijo el al verme y cualquier nerviosismo pasó con esas simples palabras, tomó mi mano y abrió la puerta.

Entré y estaba todo lleno de velas encendidas, además de la chimenea, había pétalos de rosas llenando todo el suelo de la habitación, como si fuera una alfombra y muchos ramos de rosas rojas en todos lados. Aun lado, en un banco, estaba mi maleta pequeña, donde se encontraba mi vestimenta nupcial. Le pedí un momento y me

cambié. era un mini vestido blanco con brillos transparente que no dejaba nada a la imaginación, con muchas tiras, la única parte que no estaba del todo descubierta, me solté las horquillas del cabello y me dejé los zapatos altos como me recomendó mi madre.

Al salir, se quedó sin palabras y tomó mi mano, guiándome hacia la cama. Yo estaba muerta de los nervios hasta que sentí su toque, se acercó y pasó sus dedos por mis brazos, por mi cabello y mi cara para darme un profundo y largo beso, con deseo, donde nos exploramos las bocas hasta hacer mi sangre hervir. Sentí su deseo por mí y solté un gemido involuntario. él metió la mano debajo del mini vestido haciéndome erizar y cubrió con besos mi oreja y mi cuello, apretando mi cabello con una mano y acariciando mi cuerpo con la otra. Yo, por mi parte, quité su camisa para descubrir un pecho y abdominales marcados, su piel se veía tan perfecta, tan deliciosa que la acaricié y al hacerlo, no me pude conformar. Posé mis labios en su pecho una y otra vez, cada vez con más hambre, con más avidez, él me dejó hacer, pero luego reclamó mis labios, me quitó mi mini vestido y me recostó completamente desnuda en la cama. Se levantó un poco para observarme, pasando las manos por toda mi piel, suavemente, haciéndome estremecerme, luego se puso encima de mí y aunque él sí llevaba ropa, podía sentir que me deseaba con tantas ganas como yo a él. Me había olvidado de las velas, de las flores y todo lo demás, todo lo que importaba era ese hombre majestuoso frente a mí, besó mis labios, mis orejas, mi cuello y pasó largo rato en mis senos, primero pasando la lengua suavemente por alrededor de mis pechos y luego chupando, mientras hacía eso con la boca, metió dos de sus dedos en la mía.

—Lame — me dijo y obedecí.

Hubo algo en ese simple gesto que sentí tan sensual... Colocó sus dedos húmedos haciéndome mover las caderas en círculos de la misma manera en que él o hacía con mi pecho, lo hizo hasta hacerme gemir, bajó más, besando mi barriga y mi vientre y un latido en mi entrepierna lo reclamaba, pero él no hizo nada para acallararlo. Siguió con besos y lamidas por una de mis piernas hasta mis pies y regresó de la misma manera por la otra, introdujo un dedo en mí, haciéndome gemir más y más y haciendo más poderoso el palpitar que sentía. De repente, paró. Lo hizo tres veces mientras besaba mis labios y recitaba palabras de amor, cuando casi logra hacerme gritar del deseo que sentía por él, le quité el resto de la ropa, todo lo que quería era a él.

—Quiero hacerte disfrutar — dijo con una sonrisa pícaro.

Y puso su boca en mi entrepierna, justo donde se encontraba el palpitar, tuve que agarrarme a las sábanas pues era demasiado lo que sentía. Cuanto más me besaba, más me movía yo para recibirle y gemía desesperada. Cuando la urgencia de él fue

más palpable, apreté su cabello y él dejó de besarme, empezó a entrar suavemente en mí, besándome y acariciando mi cabello, mirándome a los ojos.

—Te amo — me dijo.

—Te amo tanto... — respondí.

Me dolió mucho y solté un pequeño gruñido de dolor mientras que él uno de placer.

—Nada se compara a ti a este momento, brillas, Diana, eres un diamante para mí.

Yo sonreí y le di un beso, incapaz de decir nada debido a todas las sensaciones que me invadían: dolor, placer, amor, deseo y todo gracias a él.

—Eres todo— dije en un suspiro ahogado, mirándolo a los ojos.

Mientras él volvía a moverse dentro de mí, suavemente, en círculos, acariciándonos el cuerpo, descubriéndonos, saboreándonos, besé sus hombros, su cuello, probé su sudor, lamí sus orejas y lo hice gemir, arañé su espalda pidiendo más de él. Me sentó sobre él, besando de nuevo mis senos, apretando mis glúteos, sintiéndonos más profundamente, aumentando poco a poco la velocidad, entre gemidos, hasta hacerme enloquecer. Estalle en él y rato después, él llegó también, derramándose en mí, quedándose dentro de mí. Nos acostamos en la cama, sudados, besándonos, besó mis parpados, besó su nariz, nos besamos los labios, nos probamos el sudor y reímos de felicidad, de éxtasis, sabiendo que no se podía ser más feliz.

Desperté más tarde con sed y me serví un poco de champán que había en la habitación, él despertó un minuto después de no sentirme en sus brazos. Al verme desnuda, su deseo volvió a aflorar y una fuerza animal en mí despertó, tomé un poco más de champán frío para darme valor y me arrodillé, tomándolo entre mis manos y lamiendo como si fuera una piruleta, haciéndolo gemir. Mi boca se sentía seca y mi valor se había acabado, así que le pedí un poco del champán que él tenía en su mano, bebí y, casi sin tragar, lo introduje en mi boca, él soltó un gran gemido y apretó mi cabello y mi cabeza contra sí, moviéndola adentro y afuera mientras yo seguía lamiendo y lamiendo.

—Diana, oh Diana — lo escuché decir.

Esas tres palabras fueron suficientes para que el deseo se apoderara de mí, lo hice más rápido, más fuerte, chupando y succionando hasta sentirlo derramarse dentro de mí. Como no sabía que hacer con el líquido algo dulce que salió de él, me lo tragué, él me besó profundamente y me puso de espaldas a él, en la cama, arrodillada y así me besó la entrepierna hasta hacerme gritar y sentir una explosión en mí. Justo después, entró en mí, jalando mi cabello hacia atrás, primero me lo hizo muy suave casi saboreándome, besó mi espalda, me acarició los glúteos en círculos y luego me dio una suave palmadita, la sensación fue maravillosa y le pedí que lo volviera a hacer. Él besó mis labios, me dijo cuánto me amaba y acarició mi otro glúteo en círculos casi hasta adormecerlo, después lo palmeó, ahora un poco más duro, mientras más duro, me palmeaba, más rápido se movía dentro de mí. Yo me agarraba a las sábanas, gimiendo y gritando de placer, llegó un momento en que no me pude sostener más de rodillas y quedé boca abajo, con él encima de mí, así sentía mas mucho más que antes y yo, cuando estuve a punto de volver a gritar, me besó, así tres veces para acallar los gemidos, solo incrementé el placer al punto de que cuando llegamos, no pude más y me quedé dormida, casi desmayada de placer.

Capítulo 10

A la mañana siguiente me sentía adolorida pero feliz y él también, su rostro brillaba.

—Mi diamante — dijo acariciando mi cabello.

—Buenos días — le dije besándolo.

—Es muy temprano — me susurró con picardía.

— Lo sé — ronroneé y lo besé.

Comenzamos a besarnos sin apuro, reconociéndonos, e hicimos el amor con el amanecer, lento y mirándonos en todo momento a los ojos, él era una delicia, no existía ni una forma desde que nos conocimos en que sus ojos no me demostraran sus sentimientos, siempre encontraba una manera de hacerme sentir hermosa y deseada, ya fuera que lo fuese, o no, podría ser la más fea pero siempre que él me mirara de la manera en que lo hacía, me sentiría hermosa, como ahora, debajo de mí, acariciando mi cuerpo, enredando sus manos en las ondas de mi cabello. Me sentía justo como él me describía, brillante como un diamante, lo amaba y no había duda alguna sobre eso en mi alma, la cual salió a pasear de la mano con la suya en el momento en que lo conocí. Cabalgaba sobre él de manera rítmica, extasiada de placer, llena de su aroma en mi cuerpo, de su sudor, era tanta mi alegría, tanto el amor que una lágrima rodó por mi mejilla, inmediatamente él paró.

— ¿Te hice daño?

—Estoy bien— sonreí.

— ¿Por qué lloras entonces?

—Es que soy inmensamente feliz — respondí besando la mano con la que limpió mi lágrima.

Él volvió a moverse debajo de mí, siguiendo el ritmo que mi cuerpo iba marcando y metió sus dedos en mi boca, haciéndome chuparlos, yo me acerqué y lo besé, cambiamos de posición, se subió encima y luego levantó mis piernas, lo que le

daba total acceso a mí. Mientras más nos movíamos, más saltaban mis pechos, aumentó más y más la velocidad hasta que llegamos juntos en un aullido de placer.

Pasamos la mañana recostados en la cama, acariciándonos y besándonos el uno al otro, estábamos abrazados, desnudos, después de tomar un baño donde me masajé para que no me doliera más de lo normal.

—Eres un monumento— me dijo acariciando mi espalda.

Yo me giré a mirarlo y respondí.

—Eres hermoso, — le susurré — mi Aquiles personal.

—Es cierto que eres una gran seguidora de Troya.

—Sí, de todo lo griego en realidad, pero todas esas muertes solo porque dos monarcas se amaban... — dije enredando mis dedos en su cabello.

—Esa debería ser tu palabra.

— ¿Mi palabra? — pregunté extrañada.

—Cuando te duela, me dices esa palabra y yo paro o voy más suave, no quiero hacerte daño, ni romperte, ni rayarte, mi diamante — y me besó, yo sonreí entre sus labios y respondí al beso.

— ¿Qué palabra, Grecia o Troya? — susurré entre su oído y su cuello.

—La que te guste más, pero debes saber que no puedes cambiarla— dijo jugando con mi pelo, no podíamos quitarnos las manos de encima.

Yo analicé mis opciones durante un rato, pensando y le comuniqué mi decisión.

—Entonces que sea Troya — dije con una sonrisa pícara.

Él sonrió y me besó.

—Troya — susurró contra mis labios y su estómago rugió.

—Debe ser hora de almorzar — dijimos entre risas.

Rato después nos vestimos a regañadientes, pero al final pedimos que nos llevaran algo ligero de comer a la habitación, el viaje no comenzaría hasta el día siguiente, así que nos quedaba tiempo para *reconocernos bien*, como había dicho mi madre y aunque me había hecho ruborizar, debía admitir que tenía mucha razón, pues no quería estar separada de sus brazos ni de sus labios en un largo rato.

Conversamos de todo y nada, haciéndonos preguntas tontas y pequeñas que nos hacían sentir más íntimos el uno para con el otro.

— ¿Dulce o salado? — preguntó.

—Dulce, definitivamente solo sé preparar postres, ¿tú?

—Dulce ahora que mi esposa me prepara postres — dijo mordiendo mi oreja.

— ¿Vino o champán?

—Vino, siempre preferiré un buen vino, ¿y tú?

—A veces se siente muy bien el hormigueo del champán en tu boca, así que me inclino por este, aunque me encanta el vino.

Él tomó una uva y se la comió con un pedazo de queso.

—Tengo unos vinos en la bodega de la otra casa que te harán cambiar de opinión.

— ¿Acaso quiere embriagarme, señor Andrews? — dije besándolo.

—Solo si usted lo quiere, señora Andrews — y se apretó contra mi cuerpo.

— ¿Chocolate o glaseado?

—Chocolate sin ninguna duda. ¿Tú?

— ¿Qué preferirías que contestara?

—La verdad, claro.

— ¿Siempre?

—Y por siempre.

— ¿Confiarás en mi palabra?

—Así como tú confiaras en la mía — dije bebiendo y cortando algo más de queso.

—Seremos tan felices...

—Porque nos amamos — respondí.

—Tengo tanta suerte... — dijo acariciando mi cuerpo y lanzándome una mirada que calentó mi cuerpo y avivó mi deseo.

—Te responderé qué prefiero, pero tendrás que probar— susurro en mi oído, acto seguido tomó un pañuelo y tapó mis ojos con él.

—Mi amada Diana — susurró acariciando mi cuerpo y luego pasando algo frío por él, erizando mi piel y endureciendo mis pezones.

Yo comencé a moverme ante la descarga eléctrica que era su toque, incapaz de mantener la calma ante tantas sensaciones.

—Voy a tener que amarrarte — susurró antes de meter su dedo en mi boca con un poco de glaseado de pastel.

Yo saboreé su dedo con avidez, pero lo sacó para untar de nuevo su dedo, repitiendo su paseo por mi piel hasta hacerme lamer, después de saborear su dedo, me dijo.

—Ahora es mi turno.

Dijo embarrándome más y lamiendo todo mi cuerpo, yo respiraba con dificultad mientras él pasaba su lengua y sus labios exhaustivamente y con detalle por cada centímetro de mi piel, tuviera o no glaseado en ella, yo comencé a moverme y a gemir, al privarme de un sentido, el placer era mayor y él lo disfrutaba, podía sentirlo sonriendo y sus ganas por mí expandiéndose cada que yo respondía más y más a él.

—Tengo otra pregunta.

— ¿Qué? — dije en un gemido.

— ¿Manos o boca?

Yo no podía responder, mareada de placer.

—Mi diamante... ¿Manos o boca?

—Manos — susurré como pude.

—Bien— él se paró un rato y luego volvió y enredó mis muñecas en su cinturón.

— ¿Qué haces? — pregunté entre nerviosa y emocionada.

—Amarte — me dijo colocando mis brazos hacia arriba y besándome todo el cuerpo.

Me levantó y me amarró con el cinturón a uno de los postes de la cama, con los brazos extendidos me puso de espaldas mientras me acariciaba y besaba la espalda, introdujo un dedo dentro de mí y colocó a descansar mi cabeza en su hombro, moviéndose dentro de mí en círculos para luego introducir un segundo dedo, yo gemía de placer hasta casi llegar y luego la paraba, lo hizo así tres veces.

—Sé lo que quieres, pero debes estar lista, si no te dolerá.

—Por favor — rogué.

—Te amo, Diana — dijo en mi oído, besando la parte de atrás de mi cuello.

Me inclinó un poco y luego entró en mí con suavidad, al principio me amó lento, pero yo le necesitaba más y más y aumenté la velocidad.

—Dios, me estás matando, — susurró — te sientes tan bien...

—Quiero más — gemí moviéndome más duro, más rápido en él.

Él comenzó a mover su mano en forma circular en mi glúteo anunciando lo que se avecinaba y de repente me palmeó.

— ¡Ah! — gemí y el éxtasis se expandió dentro de mí, repitió el mismo movimiento cuatro veces más, creando una onda de placer en mí que no hacía más que crecer, antes de dejarme llegar, salió de mí, me giró frente a él, cargándose, me besó y quitó el pañuelo de mis ojos.

—Quiero que me veas, quiero veas cuánto te amo. — me dijo— No cierres los ojos, por favor — y volvió a besarme.

Siguió moviéndose en mí, desesperándose hasta hacerme gritar, soltó mis manos y lo abracé, acaricié su espalda y la arañé, enredé mis dedos en su cabello y volví a besarlo.

—Quiero esto siempre — susurré.

—Qué bueno porque no pienso nunca cansarme.

Me recostó en la cama y volvió a entrar en mí, me lo hizo lento y duro, mirándome a los ojos, sin dejarme cerrarlos, diciéndome con cada investida que me amaba, volviendo me loca y haciéndome llegar entre gritos y a él después de mí. Nos quedamos allí, sin movernos, sin querer separarnos, acariciando la piel de nuestro cuello, el rostro, besándonos, pero sin querer separarnos. había sido tan íntimo, excitante y profundo que podía entender el término “hacer el amor”. Nos habíamos entregado por completo hasta el cansancio y, aun así, no podíamos dejar de mirarnos como el tesoro más valioso que en la vida pudiéramos encontrar.

—Soy tuya — susurré.

Él sonrió.

—Soy tuyo apenas me miraste a los ojos en aquella cena, me reclamaste para ti.

—Me pusiste muy nerviosa — admití.

— ¿De verdad? — él se rodó a su lado de la cama y nos acurrucamos uno frente al otro, acariciándonos la piel con un dedo.

—Sí, la forma en que miraste en esa cena me hacía sentir... mujer.

—Y eres la mujer más sexy he conocido.

—Y cuando tocaste mi mano... — dije tomándolo de la mano — me sentí como si hubiera caído un rayo.

— ¿Y cuando te besé? — preguntó en un susurro, con sus mejillas sonrojadas, amaba que se sonrojara, se veía como un ángel y siempre que lo hacía, estaba feliz.

—Sentí que nos separábamos de la tierra para rotar más rápido encima de ella, como si tus besos me enseñaran a respirar bien por primera vez.

Él me besó de nuevo un largo rato.

— Mi esposa — dijo acariciando mi cabello y tomando luego mi mano.

—Mi esposo — susurré besando su mano, cerré los ojos y nos quedamos dormidos de nuevo, sudados y felices, antes de dormirme elevé una oración a Dios porque toda nuestra vida juntos se sintiera tan plena como esos dos primeros días.